

URNAS DE JADE PROFECÍAS

TRILOGÍA URNAS DE JADE / 3

DAVID PRIETO RUIZ



Grupo AJEC
Colección Excálibur Fantástica 7

URNAS DE JADE: PROFECÍAS

© DAVID PRIETO RUIZ 2010

© DISEÑO E ILUSTRACIÓN DE LA CUBIERTA: CALDERÓN STUDIO WWW.CALDERONSTUDIO.COM

CORRECCIÓN: SUSANA TORRES OGANDO

PRIMERA EDICIÓN: SEPTIEMBRE 2010

© GRUPO EDITORIAL AJEC 2010

APARTADO DE CORREOS 2328. 18014. GRANADA

GRUPO_AJEC@MSN.COM WWW.GRUPOAJEC.COM

ISBN: 978-84-96013-72-8

DEPÓSITO LEGAL:

IMPRESIÓN: PROYECTOS GASMAT S.L.

URNAS DE JADE: MENTIRAS

El páramo estaba roto por docenas de pequeñas colinas que sólo algún incauto o falto de seso habría llamado con sinceridad de aquel modo. De arena grisácea, vetada con malas hierbas y arbustos espinosos en contadas ocasiones, no eran más que dunas, endurecidas por el tiempo y por agentes menos apacibles que éste, fijadas al paisaje de la misma manera que un coleccionista de insectos habría fijado mediante alfileres el cuerpo desecado y mustio de una mariposa a un pedazo de pergamino.

Pero allí no había ni coleccionistas ni pergaminos. Por no haber, no había ni animales que infestaran cada remanso de sombra a la espera de que la noche fuera con ellos más clemente que el día en aquel desierto sin fin. O no tan interminable. Desde cierto ángulo, si se alzaba la vista para tratar de alcanzar qué había más allá, casi podían adivinarse los contornos de unas elevadas cimas, cubiertas de nieve y cercanas al horizonte oriental, y de quebraduras del terreno, junto con riscos y rocas aguzadas, en las cercanías del occidental, tras las que el sol se ponía cada día como lo había hecho desde el comienzo del mundo.

En aquel instante, la esfera de llamas que era el astro rey tomaba un color rojo apenas más claro que la sangre mientras se precipitaba hacia el incierto horizonte, achatándose a cada instante y cediendo el protagonismo a la noche, que ya afilaba sus oscuras garras. Cuando los alcanzara, que no sería muchos minutos después, el frío de las llanuras llegaría con ella y los obligaría a detener su peregrinaje y a resguardarse junto a las llamas para cobijarse de las gélidas temperaturas que allí se alcanzaban bajo la pálida mirada de la luna, arrojándose unos a otros y a las bestias que tiraban de sus carromatos: unos pocos caballos y aún menos bueyes y vacas.

Ellos eran un grupo de unos cincuenta hombres, mujeres y niños, vestidos con ropas que, a pesar de que habían sido de brillantes colores, se mostraban grises como la arena que cubría el suelo y convertidas en poco más que andrajos. La mayoría eran morenos, de cabello y tez, y caminaban con paso lento, arrastrando los pies y sin separar los ojos del suelo. Pocos miraban al frente y, aunque en sus miradas se reflejaba la congoja de los otros, había también determinación. Expulsados de su nación, de su ciudad y de su imperio, condenados a vagar por el desierto, sin detener sus pasos. Malditos por los dioses y caídos en desgracia.

Expulsados de Kiramel, la Primera Ciudad y, ahora, la Ciudad Muerta.

El hombre que los lideraba, una vez convertido el sol en una fina línea en el lejano horizonte de riscos quebrados, dio la señal de alto e indicó un lugar junto a la calzada en el que detenerse, avivar las llamas y pasar la noche, protegidos con su número de las famélicas quijadas de las hienas. Era, como los otros, de piel oscura y talla corta, y nadie le había propuesto como guía o líder. Ni siquiera él mismo. Llegado el momento, había tomado las riendas y los había hecho avanzar, alejándolos de las plagas, pestes y desgracias, que se abalanzaban sobre su, hasta poco antes, rica ciudad. No lo había hecho por vanidad, ni por orgullo, ni siquiera por que fuera un importante noble, sacerdote o general, que no era semejante cosa, sino un mero albañil. Lo había hecho porque debía y quienes se encontraban a sus espaldas le habían seguido por idénticas razones.

Una vez detenidos, los carromatos, narrias y las desvencijadas calesas de quienes habían sido gentes de alcurnia, se situaron formando una herradura, cortada por el camino de piedra. Algunos de los más viejos lo recordaban flamante, nuevo, perfecto... ya no lo era, el tiempo, entre latido y latido, lo había golpeado, destrozando sus losas hasta casi hacerlas irreconocibles y rellenando sus grietas con una arena reseca que, no mucho antes, había sido tierra rica y próspera. Pero era mejor que lo que les había sucedido a las torres y templos, a los palacios de brillantes fachadas y prodigiosas cúpulas. De ellos no quedaba apenas nada. El pecado del orgullo cometido y castigado los había reducido a meras ruinas en cuestión de unos pocos días... o semanas o meses. Era difícil decirlo. El tiempo se había vuelto extraño también. Como todo.

Las llamas se alzaron en una hoguera en la que se quemaba tanto madera como recuerdos y, en la lejanía, hacia occidente, otro fuego parecido a aquel, hizo lo propio. Otro grupo de refugiados kirameli, sin duda. Aunque eso era algo que había que asegurar, pues los desaprensivos y carroñeros no faltaban.

El líder hizo llamar a dos de los hombres en quien más confiaba y juntos, sin luces que los traicionaran, formaron una fila que marchó en dirección a aquel otro fuego, hacia las llamas que, amarillentas, le recordaban a las de la capital del mundo y no al fuego vivo que habían dejado al cuidado de los suyos. Pronto, la distancia que los separaba no fue mucha y su procedencia se hizo evidente. Una cabaña de adobes, desvencijada y con el tejado hecho con arbustos espinosos, pero una cabaña al fin y al cabo.

Después de meditarlo durante algunos instantes, hizo un gesto a los suyos. Un gesto que indicaba que, si alguien tenía que ponerse en peligro, era él y sólo él. Decidido, pues nada le quedaba por perder —con su mujer devorada por una bestia y sus hijos muertos de vejez—, llegó hasta sus paredes de adobe y se asomó por el desigual hueco de la puerta, apretando entre sus dedos un cuchillo retorcido, mellado y cubierto de orín. Lo que encontró en su interior no pudo ser menos amenazador.

Junto a la precaria chimenea, había una mujer, anciana, con el pelo gris y enmarañado suelto sobre sus hombros y vestida de negro, con unas ropas que no tenían nada que envidiar en cuanto a harapientas a las suyas propias. Estaba armada con un cucharón de madera que utilizaba para revolver el contenido de una olla, de metal negro, que reposaba sobre unas llamas doradas, como de velas. Olía a sudor, a cenizas y a sopa. A sopa densa y rica, según le pareció, tras muchas jornadas de vagar con el estómago encogido por el hambre.

—¡Hen-saibal, zahn! Te estaba esperando. Siéntate y compartamos un plato —le dijo con un gañido que no podía parecerse más al de un cuervo, sin volverse hacia él, al tiempo que sacaba de sus ropas dos escudillas de barro mal cocido—. Mucho he de compartir contigo en esta noche que corre hacia el amanecer y mucho tienes que escuchar antes de acabar con mi vida. Porque eso es lo que harás cuando me oigas, por mucho que ahora pienses que sólo digo memeces y desatinos.

—¿Por qué lo haría? —preguntó él, sin comprender, sentándose junto a ella y aceptando lo que le ofrecía—. Compartes tu plato conmigo y eso es signo de amistad.

—Me matarás porque no te gustará lo que oirás, porque te hablaré de lo que ha de acontecer y no será para tu disfrute —explicó la vieja, mostrando sus dientes podridos y sus ennegrecidas encías—. Y, aunque puedas opinar que nada malo tiene el mensajero, no podrás impedirlo. Pero, ahora, escucha lo que traen los días venideros... lo que he visto.

»Hay fuego en el horizonte, un fuego de generaciones, que se extenderá al este y norte, al oeste y al sur. ¡Un fuego de destrucción que vendrá precedido de guerras y de maravillas! —bramó—. De bestias de dos cabezas que batirán el cielo con sus alas mientras los enemigos más acérrimos se aúnan bajo el mismo pabellón y los aliados se apartan unos de otros, siguiendo senderos que no son los propios y que tan sólo los conducen al desastre. Los no-muertos se alzarán de sus tumbas y guiados por el caído, arrasarán la tierra a su paso. Detenerlos es imposible, tanto como im-

pedir que el Emperador que no ha nacido muera dos veces, arrasado por el jade y la magia. Y su segunda caída será la señal.

—¿Señal de qué? —susurró el kirameli, dejando la escudilla en el suelo, junto a su cuchillo, y limpiándose la boca con la manga—. Lo que dices no tiene sentido alguno. Estás loca, anciana.

—No lo estoy y lo tiene. He visto a los muertos alzándose de sus tumbas y a un hombre observándolos, sin hacer nada por detenerlos, aunque pudiera hacerlo todo, pero abrumado por su propia sabiduría —gesticuló la vieja bruja—. A los dioses gimoteando tras una larga condena, desterrados, encerrados, buscando el perdón sin hallarlo, buscando la salida sin acertar con la llave. Al noble caído en desgracia azuzando a sus bestias y a los blancos paladines teñir sus ropas de sangre. Y todo viene de aquí, de esa ciudad que dejáis a vuestras espaldas. Y no hará sino empeorar.

—¿Y dices que proviene de Kiramel?

—Sí, de la Maldición que sobre ella y sus hijos pesa, de la Maldición que pesa sobre el mundo de los hombres... todo provendrá de ella y acabará con ella —dijo la mujer, chasqueando la lengua—. Así lo he visto en mis sueños y en las entrañas de las bestias.

—Pero ¿volverá a alzarse la Primera Ciudad?

—Eso también lo he visto. No, no sucederá jamás. Ha muerto y ni los hijos de los hijos de tus hijos volverán a verla en pie —gruñó—. Vagarán sin ver jamás semejante cosa. Nómadas errantes, hasta el fin de los tiempos serán, sin que los muros de piedra vuelvan a cobijarlos nunca. Eso profetizo y así será.

—Pues mucho me temo que te equivocas. Llegaremos a las montañas, pero no nos detendremos en ellas —dijo, complacido el kirameli—. Al otro lado se encuentran tierras verdes y mares azules. Hasta esas costas vamos y no nos detendremos en las montañas. Y cuando lleguemos, escucha esto, alzaremos una nueva ciudad, más magnífica que la primera.

—¿Y lo harán bajo tus designios?

—Así lo hemos acordado.

—Pues mucho lamento escucharlo. Porque nunca verás esa tierra prometida. —Sonrió la anciana desdentada—. Yo no confundo mis ideas y lo que tiene que ser será. Morirás aquí, sin dar un paso más. Con el veneno en tu cuerpo.

—¡Bruja! —gritó él—. ¡La sopa!

—Sí. La sopa —afirmo la mujer, agitando sus sucios cabellos.

—¡Entonces, que sea como dices, pero, si todas tus profecías han de cumplirse, bruja —contestó el hombre, tomando su oxidada arma—, yo he de tener la última palabra!

Para aquellos que me han acompañado hasta el final del camino. Nadie dijo que sería fácil, pero aquí estamos.

Esta obra es para ellos.

PRÓLOGO

Demosian se retorció y el paso de los muchos años que en realidad tenía en su haber se sucedió en un instante. La piel joven se arrugó y marchitó y los músculos se consumieron. Los azules ojos del emperador y dios de los demianos miraron por última vez el horrendo rostro de su asesino y se hundieron en sus órbitas.

Y Demosian descansó para siempre.

—¡No! —gritó una voz desde el interior de la tierra, allí donde jamás llegaban los rayos del sol y las cosas vivas yacían pudriéndose—. ¡No debería haber pasado así! ¿Él destruido? ¡No debería haber sucedido!

—¿Hay algo que os aflige, hermano? —le preguntó una voz dulce como una noche de verano. Un largo brazo, piel sedosa y cálida contra su piel, se sumergió en sus cabellos para pasar por delante de su cuello y caer inerte sobre su inmóvil pecho—. ¿Qué ha sucedido que no podáis remediar? —Una sonrisa llenó su rostro y la pálida luz de las lunas de muchos mundos los iluminó a ambos.

—Él ha caído y, esta vez, será para siempre.

—¿Para siempre? Eso es muchísimo tiempo, más aún siendo vuestro elegido. —Rió—. Una vez cayó y vos le guiasteis. Levantad su espíritu de nuevo y haced que camine entre los mortales. Si no me equivoco, ésta sería al menos la tercera ocasión que lo hacéis.

—Esta vez no. Ahora es un cascarón vacío de poder —gimió—. La Puerta que nos guarda y encierra ha sido reclamada por otro y mis fuerzas son escasas. ¡He sido traicionado!

—¿Vuestro peón se ha vuelto contra vos? Eso es algo que no me sorprende y, si recordáis, os advertí que algo así podía suceder... otra vez. Tejisteis una red demasiado intrincada y habéis caído en ella. Con cada movimiento os habéis enredado más y ahora estáis atrapado.

—Pero, hermana, vos me ayudasteis a hacerlo. Vos disteis forma a los sueños que forjaron las esperanzas del mortal y juntos le dimos el conocimiento que le llevó hasta mi elegido. No fue fácil ni para nosotros y nada fue dejado a la ligera.

—Es cierto, los sueños y las esperanzas vanas son mi legado. Por el contrario el tuyo es desesperanza y olvido. —La luz de su rostro titiló como miles de estrellas—. Forjé sueños en ese mortal

y en muchos otros y les hice avanzar según nuestros designios. Aparté a otros del camino que había trazado y, retorciendo las hebras, hice que el Conde llegara adonde debía.

—Sí —susurró—. Ese clérigo de nuestro hermano podría...

—Sí, podría haber hecho mucho daño. Parece que la edad ha dado sabiduría a más de uno, pues ha ocultado en él más poder del que esperábamos.

—¿Poder? —preguntó con un gruñido—. ¿Qué clase de poder? ¿Por qué no me hablasteis antes de ello?

—Estabais muy ocupado jugando y, en realidad, ya no resulta importante. Le aparté con un sueño en el momento adecuado y le envié lejos. A cambio recuperó lo que era suyo por derecho. Le devolví el poder y no dejé que lo usara. De haberlo hecho, habría sido una catástrofe.

—Entonces, ¿la espada?

—Sí, es la Puerta. Lo fue durante todo este tiempo. Parece que él es mucho más listo de lo que esperábamos. —En un murmullo, le abrazó—. Pero no lo suficiente para oponerse a nosotros.

—Ya da lo mismo, hermana. El camino ha quedado expedito para que otros corran hacia su libertad antes que nosotros y hemos quedado a un lado. Demosian, primero, y Gúlfstend, ahora, me han traicionado.

—No debisteis seguir con el elegido durante tanto tiempo. —Su aliento le acarició—. En lugar de castigarle con el vacío de jade, debisteis destruirlo vos mismo. Otro habría ocupado su lugar y, a estas alturas, seríamos libres.

—Siglos más o menos es lo mismo. Me comprometí con ese bárbaro y erré, pero en la próxima ocasión no dejaré que Athiel se ponga en nuestro camino. —Su voz había enronquecido y se quebró durante un instante—. Porque fue ella quien se interpuso en mis designios, ¿verdad?

—Por supuesto, mi querido hermano. Ella es la culpable de todo. Ella susurraba palabras a los oídos de los hombres que hicieron que se volvieran en nuestra contra. Ella, sólo ella, fue la causante de nuestra caída en desgracia ante Madre. —Había en ella mucha pasión, tanta que no podría ser colmada por nadie, pero habló de manera fría y cortante, más todavía de lo que jamás habría podido hacerlo su hermano—. Por eso debemos adelantar a los demás e interponernos en su camino. No podemos darle ningún margen, pues, si, en esta ocasión, el Señor de la Guerra está de su lado, tendremos menos oportunidades aún.

—¿Y qué es de los otros? Hemos pasado tanto tiempo con la vista perdida en la recompensa que ya no sabemos nada de ellos.

—Los otros no importan —susurró—. Son débiles y se ocultan. El Primero sigue ahí arriba, junto a su hija, llorando sus desgracias y compadeciéndose, dejando que los suyos se hagan débiles y decrezcan en número. El Amo de las Bestias y sus hermanos son demasiado obtusos para hacer nada que no sea observar y esperar, porque aún confían en el perdón de Madre.

—¿El Defensor tampoco os preocupa? —preguntó, apartando los negros cabellos de ella, entre los que relucían cientos de pequeñas estrellas.

—Él ya ha elegido a alguien que le sirva y, como siempre, su elección ha sido equivocada —se burló—. Nunca dejará de ser un peón de la Dama de la Fortuna, pues cree en los héroes y en el Destino y ésa será su perdición.

—Vuestro conocimiento me intriga y me sorprende. ¿Por qué no me informasteis antes?

—Estabais demasiado ocupado con vuestros soldaditos y yo soy la de los muchos ojos —afirmó con una sonrisa—. No quería que os distrajerseis con intrigas absurdas mientras vuestra atención tenía que estar sobre él. No cuando estaba tan cerca para mí.

—¡Entonces lo que sospechaba es cierto y vuestras palabras lo avalan! —bramó, apartándola de un empujón que hizo que los cimientos de la tierra temblaran y se convulsionasen—. ¡Habéis sido vos y no Athiel quien me ha llevado al fracaso y me ha condenado!

—Muy cierto, querido hermano. Pero no fui yo la que traicionó primero. Vuestro orgullo os hizo caer entonces, y hará que tropecéis cien veces más. ¿Acaso pensabais que había olvidado cómo tomasteis la cabeza dejándome a mí y al guerrero de lado? —susurró—. ¡Jamás lo hice, hermano! La noche no olvida las afrentas.

—Entonces...

—Sí. Quien ha salido más beneficiada he sido yo y no esa maldita zorra afortunada. Ella ha intentado intervenir, pero no he dejado que moviera sus piezas. La única que podría haber hecho algo, la aparté del campo de batalla antes de la guerra y las otras me las quitasteis de en medio vos mismo. ¡Gracias, hermano! Ha sido un placer trabajar con vos... pero ahora yo prevaleceré.

—¡Has vencido en este primer gambito, pero no tienes ninguna oportunidad contra mí! —rugió, con un rechinar de dientes—. ¡Llevo en esto demasiado tiempo y tengo grandes fuerzas sobre la tierra! Gülfstend todavía tiene el poder que le concedí y puede crear ejércitos que me sirvan. No necesito para nada vuestras argucias y ensueños, me manifestaré ante él y juntos arrasaremos Drashur entero.

—Sois patético. —Rió—. Él no os escuchará nunca... y, aún menos, os obedecerá. Pero mi peón no es tal, sino una reina; una tan poderosa que jamás se atreverá a hacer nada contra ella. No es un primer gambito en esta guerra, sino mi último movimiento. ¡Ya habéis perdido, hermano! ¡Sois tan estúpido que no podéis verlo! ¡Me dais pena!

De entre la luz surgió la figura de una mujer, recortándose apenas en el resplandor dorado.

I

EL EXTRAÑO

Siguiendo las huellas de un hombre al que pocos conocían, viajó hacia el norte, corriendo siempre junto a las montañas y apartado de la recta calzada que iba desde Ciudad de la Luna hacia la Tierra de los Mil Ríos y el Paso de las Brumas. Sabía que él no podía estar muy lejos, pues era seguro que no se habría separado del camino que hacía años le habían señalado. También, existían otras razones, más fuertes y poderosas y que no vienen al caso, que serán reveladas a lo largo del presente documento.

Informe hallado en la Biblioteca de Dhao

Hay momentos en los que las historias y los sueños se confunden. Estos momentos pueden ser de diversa índole, como cuando una historia comienza a olvidarse y se vuelve tan desvaída como un sueño, deslucándose hasta apenas conservar su alma.

A esas historias las llamamos leyendas.

Pero también hay otros, momentos más extraños y excepcionales estos, en los que todo transcurre al contrario y en los que lo que era un simple sueño se convierte en historia. En esos momentos, los hechos cotidianos parecen alzarse en intensidad y ganar una importancia que antes no habríamos podido ni imaginar. Son momentos en los que las mentiras dejan de serlo o en los que, al menos, tienen el potencial de convertirse en verdades.

A esos instantes tan raros los llamamos profecías.

A esta historia en cuestión, podríamos ponerle inicio unas pocas semanas después del fin de la Plaga. Entonces, lo que debería haber sido dicha en el castillo de Gölfstendhall se había transformado rápidamente en amargura. La felicidad, que durante tantos siglos se había mostrado esquiva con el Conde Ledan de Gölfstend, volvía a mofarse de él, demostrando que hasta el último de sus esfuerzos y sacrificios era inútil y que, tras tantos años de lucha, nada había conseguido. Señalándole que la búsqueda que creía concluida y por la que tanto había luchado, no había terminado y que su victoria, la que le había llevado a remover Alturas y

Abismo, no había sido más que un espejismo. Ella, amparada por la noche, se había marchado de su lado y él, estupefacto ante su huida, no había hecho nada por retenerla. No habría tenido sentido hacerlo.

Tantos esfuerzos malgastados e inútiles...

Los muros de la fortaleza, más antiguos aún que él mismo, parecían combarse a su alrededor, como si tuvieran la intención de aplastarle. Se sentía cansado y deprimido. Ya no había nada por lo que continuar. Había dado el alma por ella y, a cambio, sólo había recibido desprecio por sus actos. Un desprecio que no comprendía, pero que, en lo más profundo de su ser, le hacía odiarse a sí mismo y le impedía incluso moverse o tomar decisiones que le llevaran a recuperarla. Se sentía cansado, alcanzado por su verdadera edad y tremendamente solo.

Porque, a pesar de sus palabras, él seguía amándola.

Ledan de Gülfstend suspiró y se dejó caer sobre el sillón. Sayrene se había ido y, por una vez, no sabía qué hacer. Algo, un ratón o, tal vez, alguno de sus primeros y fallidos experimentos, correteó por las oscuras sombras del salón. No se molestó ni en mirar hacia ellas. Tal vez seguir no mereciera la pena. Tal vez debería dejarse ir, morir de una vez y apartarse de todo para siempre.

Los sonidos de las maniobras del ejército del rey sodaita de turno, Razimer, otro Razim más para él increíblemente anciano conde, pasaron también entre los cristales plomados. Se movían de un lado a otro, llevando provisiones, maderos y lienzos para adecentar su sucio campamento. Lo cierto era que podía aplastarlos con una sola mano... si quisiera.

A través de los entornados ventanales, una ráfaga de viento empujó las cortinas y dejó pasar la luz de la luna, que se reflejó en el enorme espejo que colgaba donde, durante un corto tiempo, estuviera el trono del maldito Demosian. Llevaba años tapado por una gruesa tela cubierta de polvo, pero ésta debía de haberse resbalado por uno de los extremos hasta caer y quedar arrugada en el suelo.

Gülfstend se levantó del sillón y, medio caminando, medio flotando bajo las ropas del falso L'Selinath, extendió su mano hacia la fría superficie. Estuvo tentado de romperla, pero, en el último instante, no lo hizo. Todavía podía recordarla a ella reflejada en el maltrecho cristal. Con un gruñido de furia, puso la tela en su lugar y regresó a su asiento, frente a la apagada chimenea, siguiendo las líneas ajedrezadas de las baldosas del suelo.

—¿Por qué tuvo que irse? —se preguntó—. *Yo podía haberle dado todo cuanto deseara...*

Con un susurro, la tela resbaló de nuevo a sus espaldas y algo, en el límite de su visión, se revolvió inquieto. Ledan de Gúlfstend no mostró temor, nada en el mundo había que pudiera provocárselo a aquellas alturas, pero sí sintió una leve aprensión en su pecho. Allí donde debería haber estado su negro y podrido corazón se formó un nudo.

Todavía en el centro de la baldosa negra que ocupaba, se volvió hacia el espejo, desconfiado. Éste era grande, de cuerpo entero y rodeado por un oscuro marco de madera tallado. Había pertenecido a su padre y, aunque deslucido por el paso de los años, todavía ofrecía un reflejo bastante claro. Lo que vio no le gustó en absoluto.

—Sabéis por qué he venido a vos, ¿verdad? —preguntó una voz, proveniente de la imagen apenas formada, llena de raspaduras y desconchones en el azogue.

—Lo sospecho —dijo él, sorprendiéndose por la timidez que destilaba su voz. Recuperando su porte altanero, continuó—. Habéis estado tras todo lo que he hecho durante los últimos siglos. Vos erais la voz que susurraba a mis oídos y me conducía de un lado a otro. Vos sois Zariez.

—Sí, hijo mío —murmuró el Dios prisionero—. Soy el Señor de la Muerte, el que habita en el Más Allá. Soy el Guardián de la Puerta al Otro Lado y el que Reina en el Abismo. Pero, para vos, soy algo mucho más importante... soy el que os ha devuelto a vuestra esposa.

—¿Por qué lo hicisteis... señor? —se vio impelido a preguntar, apartando ligeramente la vista del cristal, en busca de algo con lo que romperlo en venganza por todos los manejos sufridos. Las palabras del Dios, frías como las garras de la muerte, le aferraron—. ¿Y por qué me la arrebatasteis otra vez?

—Os la devolví porque merecíais tenerla —mintió Zariez, y tal falacia no escapó a los oídos de Gúlfstend, que apretó los puños, acumulando su ira en silencio, mientras ésta sustituía al agotamiento y la desidia—. Y no os la arrebaté. Mi hermana, Haidier, lo hizo. No vuelvas tu odio contra mí, hijo mío, sino contra ella. De no ser por sus engaños todo habría sido más fácil para ambos. Yo tendría lo que busco y vos lo que tanto amáis...

—¿Queréis decir que, en esta ocasión, quien la ha apartado de mi lado ha sido la Señora de la Noche? —preguntó, volviendo de nuevo la vista hacia la escurridiza sombra.

—Sí... eso he dicho —murmuró con el sonido de las hojas marchitas y los gusanos que horadan la tierra—. Pero tampoco podéis hacerme responsable de lo que Wost hiciera entonces.

—Por eso me pusisteis tras la pista de las Puertas —susurró el Conde entre dientes, sin dejarse amilanar—. Son vuestro objetivo.

—Lo son —confirmó Zariez—. Y si me las entregáis podré deshacer todo el mal causado por la Señora de las Mentiras. Ahora que tiene a vuestra esposa en su poder, nuestras fuerzas son demasiado parejas. Ha sembrado su mente de dudas y manipulaciones para llevarla por caminos que la distancian de nosotros. Como continente del poder de la Puerta de Demosian no está tan indefensa como habría cabido esperar. Vos la abristeis, pero las fuerzas desatadas permanecen en ella.

—¿Fueron sus mentiras las responsables?

—Sí. No la liberará hasta que todo haya concluido y no haya razón por la que competir. Hasta entonces podéis darla por perdida. Debemos encontrarlas antes de que ella lo haga... ¿habéis descubierto algún indicio sobre su paradero?

—Como bien sabréis, nacieron ocultas a la simple vista... —dijo, sin recordar por un instante con quién estaba hablando— señor. Pero las he estado buscando y me acerco día a día a ellas. Es cuestión de tiempo.

—¿Habéis hecho algo al respecto entonces?

—Lo haré —titubeó—. La Alta Escuela guarda el secreto y pronto tomaré medidas para alcanzarlo. Uno de mis emisarios partirá hacia allí dentro de varias jornadas. No me gusta dejar nada a medias y esa búsqueda resulta cuanto menos... intrigante. No fracasaré.

—Fracasaremos —le corrigió la voz, al tiempo que la imagen de Gūlfstend en el espejo se desplazaba ligeramente de donde debería haber estado—. En esto ambos tenemos mucho que ganar... o perder. No lo olvidéis.

—No lo olvidaré, pero ¿por qué tenéis tanto interés en hallarlas? El derecho a la libertad se concederá a todos los dioses, si no me equivoco al citar *El Códice de Humuorl*.

—¡Servidme como todos estos años y dejaos de preguntas vanas! —gruñó, orgulloso, y la superficie del espejo pareció combarse hacia fuera hasta casi reventar—. Sabed únicamente que siendo el primero podré tomar ciertas... medidas antes de que mis hermanos regresen. Hasta entonces, con el control de las Puertas de Otaith podré... podremos hacer muchas cosas. *El Códice de Humuorl* no es mucho más que palabras de un loco que pasó demasiado tiempo en el desierto. No lo dice todo y lo poco que cuenta está incompleto. Ya lo sabéis.

—Lo sé —respondió el Conde, recordando la historia de la que se sirvió para atraer a Elendhal en Sonna—. Habla de las Puertas y el orgullo, pero de nada más. Ni tan siquiera habla de...

—Zienzai —musitó el Dios, como si hubiera recibido una puñalada por el mero hecho de recordar aquel nombre—. Entonces pagamos muy cara la traición del hombre. Era un precio que no nos correspondía pero... ya no hay nada que hacer. Los sellos esmeraldas que son las Puertas lacran nuestra prisión. Debes abrirlas por mí... por nosotros.

—¿Y Sayrene? —preguntó Gülfstend.

—Ella... —dudó la voz, débil y lejana— ella volverá con vos cuando hayamos tenido éxito. Pero no es, en realidad, vuestra esposa la que debería preocuparos, sino mi hermana. Ella persigue nuestros mismos objetivos. No dudará en hacer cualquier cosa y en utilizar hasta la última de sus malas artes para alcanzarlos.

—*Como tú, Zariez* —pensó el Conde, todavía cargado de furia, pero no dijo nada. No sabía si el Dios de la Muerte podía escuchar sus pensamientos. Sospechaba que no. La poderosa voz que le había guiado en su errante camino no era más que una sombra impotente—. *Me manipulaste y ahora esperas que te sirva de buen grado. Dime algo más que pueda utilizar y...*

—Encuentra las Puertas cerradas y ábrelas. Acumula en ti el poder y, entonces, cuando sólo quede una, recibiré... recibiremos la señal. Así está escrito —murmuró mientras su voz comenzaba a desvanecerse. Su imagen, la poca que le quedaba, desapareció del espejo con un último suspiro—. Continúa sirviéndome y obtendrás lo que deseas.

Ledan de Gülfstend tapó el gran espejo con la oscura tela y se sentó en su sillón, sumido en la oscuridad del enorme salón principal de la fortaleza de Gülfstendhall. Sonrió en silencio, observando las piezas de la ya terminada partida de ajedrez, que todavía reposaban sobre el tablero. La mitad de ellas estaban rotas y convertidas en polvo desde hacía tiempo. El rey blanco yacía en pedazos junto a la torre que había sido incapaz de protegerle. Hizo un rápido pase y, de pronto, sin ningún fuego de artificio, las piezas ocuparon sus posiciones iniciales. Listas para una nueva partida.

—*Esta vez será más difícil* —gruñó para sí con una mirada maliciosa, clavando la vista en el tablero y analizando cada una de las palabras de la caótica conversación que acababa de mantener con la deidad—. *Esta vez dirigiré realmente mis propios pasos. Ese pequeño dios no me manejará.*

Con un chirrido, uno de los peones blancos se deslizó por el tablero, dejando un surco en el polvo que lo cubría. Acto seguido, como si ya lo hubiera meditado más que suficiente, el Conde mo-

vió uno de los suyos. La reina blanca se desplazó entonces, en diagonal, dispuesta para atacar.

—*Sí, será interesante. Nunca he derrotado a dos dioses al mismo tiempo... aunque sean tan indignos. Aún así, siempre hay esperanza...*

Muchas lunas habían pasado desde que Gülfstend inició su nuevo gambito cuando un rival con el que no contaba y que no rondaba dentro de su ajedrezado tablero, sino fuera de él, se puso en marcha. Un rival para el que los sueños habían sido algo más que meras fantasías. Y que era, con mucho, el más inesperado de los héroes.

—De dónde yo vengo nadie sabe —canturreaba con un gesto alegre, apartando las rocas cubiertas de musgo con sus manos para poder ver el otro lado. Tras tantos días de marcha por fin abandonaba las montañas. *La llanura está cerca, un esfuerzo más y lo conseguiré*, se dijo a sí mismo—. Puedo olerla desde aquí. Ya, ya sé que lo sabes, pero necesito oír alguna voz aparte de la tuya de vez en cuando. Quiero asegurarme de que no estoy loco del todo. ¡Dioses, lo que daría por un baño!

Se llevó las manos a la fina barba que le cubría el rostro y, con cuidado, se quitó algunas ramitas que habían quedado adheridas a ella al atravesar los matorrales que cubrían las laderas del paso. Las lluvias y el sol de la primavera habían hecho que crecieran y reverdecieran en pocas semanas. Su aspecto era desastroso y necesitaría bastante más que algo de agua para apartar aquel terrible hedor de su cuerpo, pero había llegado al otro lado de aquel estrecho camino por el que había abandonado el principal. Ya no recordaba cómo era dormir en una cama de verdad o comer cualquier cosa que no fueran bayas y raíces, pero debían ser, de lejos, cosas al menos tan maravillosas como sonaban.

Las rocas, grises llenas de aristas talladas por el viento y el frío se amontonaban alrededor de él, repletas de quebraduras, de líquenes y de diminutos charcos. Parecían apretarse entre sí, como si, de alguna manera, se hubieran congregado para protegerse de aquellos elementos que les habían dado forma. Rocas viejas, desgajadas de la propia materia de la montaña que eran uno de los últimos escollos serios a los que tendría que enfrentarse a lo largo de su descenso.

—*Dormir, tal vez soñar...* —murmuró, descendiendo por ellas. Eso era algo que no podía permitirse todavía—. Él debe de estar cerca —dijo al viento—. Una luna en las montañas no hará que se rinda. No puedo esperar que se rinda alguien que es capaz de

aguardar durante siglos su oportunidad. Él no lo hará, ni yo tampoco.

Había visto y comprendido mucho más de lo que cualquier ser humano había hecho antes que él y seguía relativamente cuerdo. Sabía lo que debía hacerse y eso, más que una bendición, era un castigo que otros hombros no habrían podido soportar. Y con el conocimiento, por fin había visto que existía una senda marcada para todos, como debía haber sido desde un principio, desde antes de que se desviarán y comenzaran a dar inútiles rodeos.

—¡Reunirlos de nuevo! —gritó a los ocho vientos desde lo alto de la pared de piedra—. ¡Eso es lo que debe ser!

Las llanuras se extendían bajo sus pies. Terribles y enormes, casi más de lo que ya lo eran los inmensos Pilares, que se perdían en el horizonte a norte y sur, del mismo modo que una interminable muralla de piedra gris. Varios torrentes se precipitaban al vacío, horadando la roca igual que desde hacía milenios durante las épocas de lluvias. Las ramas de los retorcidos árboles que se atrevían a crecer a aquella altura colgaban, nudosas y cubiertas de verdes brotes, alimentándose de las frías aguas.

Abajo, Ciudad de la Luna permanecía en su lugar, pero a su alrededor acampaba un ejército innumerable de cuyas hogueras surgían pináculos verticales de humo que parecían querer rivalizar con las blancas torres. Grandes pabellones, también blancos, se alineaban, como una segunda ciudad de lona y estacas.

—¿La Siempre Libre sitiada? —susurró, sin dar crédito a sus ojos—. ¿Por qué no me advertiste? ¿Que no lo sabes todo? No me tomes por un iluso, claro que lo sabes, al igual que yo debería saberlo. ¿Demianos? No puede tratarse de ellos, no son sus colores. ¿¡De L'un, tal vez! —gritó, encaramándose a una de las rocas y tratando de identificar los estandartes de las tropas, pero la voz que sólo él oía permaneció silenciosa y no le dio ninguna respuesta.

Descendió de su atalaya y buscó un camino practicable que le llevara hasta las amplias y herbosas laderas, donde las jaras y el tomillo crecían, tapando con el aroma de sus flores blancas y moradas el olor del humo de más abajo. Frondosos abetos y lustrosos pinares surgían aquí y allá, donde las hachas de los invasores no habían devorado el bosque.

La senda llevaba hacia ellos, por lo que se apartó del camino, señalado por traficantes y bandidos, y saltó entre las rocas, con su rubio pelo al viento, el arco a la espalda, la espada al cinto y el saco donde guardaba sus escasas pertenencias colgándole de un brazo, sacudiéndose en el aire.

Con la ligereza de los elfos de la antigüedad, corrió cuesta abajo, sin tropezar con ninguna piedra, porque sabía dónde poner los pies, cuáles eran seguras y cuáles se desmoronarían en gravilla nada más pisarlas. Sus ropas, desgarradas y rotas, aleteaban tras él, hechas largas tiras que le azotaban el trasero y los muslos. Sus ojos, llameantes y azulados, resplandecían de desmedida alegría. Sus cabellos, rubios y sucios, se enredaban en el aire, formando gruesos mechones empastados de barro y suciedad. Una vez hubo alcanzado las ramas de los primeros árboles, se permitió el lujo de descansar por un tiempo. Comió algunos piñones y bebió del odre donde conservaba el agua de la última nevada del invierno. Hacía semanas que la llevaba consigo y seguía tan clara, pura y fresca como el primer día. Se alegró de haberla encontrado en lo que parecía ser otra vida. Tras un largo rato tumbado a la sombra de un gran tronco, se levantó, estiró las piernas y comió algunas moras que guardaba en su pequeño saco.

—Marchemos hacia la ciudad —se dijo, limpiándose la boca con la manga de la sucia casaca—. El camino aún es largo y muchos enemigos esperan. También muchos amigos, es cierto. Debemos reunirlos.

Caminó sobre las agujas caídas sin apenas hacer ningún ruido. Los árboles eran cada vez más altos y crecían más juntos, pero eso no le preocupaba. Atravesó un claro donde una gran lechuza dormitaba sobre una rama baja. Su hora de caza todavía no había llegado. Los matorrales y las zarzas invadían la espesura. El sendero que seguía se desvió hacia su derecha, bordeando una pendiente que descendía muchos pasos. De allí surgía un olor penetrante, a carne muerta, que prefirió no acercarse a investigar, pues creía saber qué era lo que encontraría en ella, yaciendo y pudriéndose.

Una voz, proveniente del otro lado de la pendiente, llamó su atención. Era la voz de una mujer joven, que cantaba una antigua canción de pastores. Era muy dulce y llevó a su memoria los tiempos en que era un muchacho despreocupado que corría de un lado para otro, tratando de evitar cualquier trabajo pesado, escondiéndose de sus obligaciones. Si hubiera sabido lo que vendría después... habría corrido mucho más rápido.

Se acercó hacia el lugar de donde provenía. Un estrecho sendero torcía allí, apenas internándose en el bosque y girando para rodear la sima. El viento cambió y el hedor desapareció, llevado por el fresco aire de la montaña.

Cantó los mismos versos, coreándola con una voz algo ajada por las penurias y sinsabores:

*Los recuerdos no consuelan mi alma
y la tristeza la embarga.
Pobre es el consuelo
pues incluso el dulzor amarga.*

—Lamento haberos asustado —dijo, al ver que la primera reacción de la morena jovencita había sido echar a correr por el sendero para apartarse de él—. Vuestra canción me recordó tiempos mejores y no pude evitarlo.

—No debo hablar con desconocidos —respondió ella, continuando por el sendero a buen ritmo. Tenía aspecto de campesina, mejillas sonrosadas, ropas amplias de color marrón oscuro, pensadas más para abrigar que para ser hermosas, y un pañuelo cubriéndole la cabeza. De su brazo colgaba un cesto que llevaba tapado con un paño bordado de flores.

—Si os digo mi nombre, ¿dejaré de ser un desconocido?

—No —dijo sin detenerse, con un gesto de pretendida dureza—. Si os acercáis más a mí, gritaré y, al cabo, vos moriréis como un perro rabioso.

—¿Si os dijera el vuestro, me indicaríais cuál es el camino al pueblo más cercano? —preguntó, con una sonrisa que esperó pareciera amistosa.

—No tendría reparos en hacerlo, pero, como no lo adivinaréis, ahorraremos mucho tiempo si nos despedimos ahora —continuó ella a buen paso.

—Os llamáis Embair, que quiere decir sauce en la lengua de la Primera Ciudad —dijo, poniendo cara muy seria, como si en verdad se estuviese esforzando en averiguarlo—. Vuestra abuela se llamaba así y su madre también. ¿He acertado? —Sonrió otra vez, mientras seguía sus pasos a través del bosque.

—¿Quién os lo ha dicho? —preguntó, sorprendida—. ¿No habrá sido Renquiert? Sabe que este tipo de bromas no me gustan. Decirle mi nombre a un extraño...

—No he conocido a ningún Renquiert, pero, como he acertado con vuestro nombre tendréis que indicarme el camino. Voy a Ciudad de la Luna y convendría que encontrara algún lugar para tomar un baño antes de llegar a la Siempre Libre.

—El camino es éste mismo que ahora seguimos, pero ¿ir a la Siempre Libre? —Rió ella, sin humor alguno—. ¿Queréis entrar en la Siempre Libre!? ¡Estáis loco! Nadie entra ni sale de ella desde hace tiempo.

—Tal vez... ¿qué ha sucedido? —se dijo a sí mismo en voz alta, alarmado, parándose para escuchar la respuesta—. ¿Un sitio? ¿Desde hace cuánto?

—Ciertamente, no estáis bien de la cabeza —murmuró Embair, deteniéndose algunos pasos más adelante y volviéndose para mirarle—. Todo el mundo lo sabe, pues ya han pasado más de dos años desde que los ejércitos de la Dama de los Hielos se apropiaron de estos territorios.

—¿Dos años? —dudó, sin dejar de mirar al aire y a las altas copas de los abetos. El tono de preocupación se acrecentó en su voz.

—Ya va para tres desde que llegaron las primeras avanzadillas. ¿De veras no os envía Renquiert? ¿Un jovencuelo moreno que vive en una cabaña a una milla al norte de aquí? Moreno y muy poco avisado, podría añadir.

—Ya os he dicho que no he visto a nadie llamado de ese modo. Vengo del otro lado de los Pilares y llevo mucho tiempo sin hablar con ninguna... persona.

—¿Con animales sí lo habéis hecho? —se burló Embair, retomando su camino—. Ni juráis ni vestís como un guerrero, pero portáis arco y espada. ¿Quién sois vos?

—Mi nombre a nadie interesa. Antes era un cazador y perdí a mi presa. Después me hice guía y los que me seguían se extraviaron —susurró, mientras dejaban atrás la oquedad repleta de podredumbre y subían por una pequeña loma cubierta de helechos que, aunque era un hombre alto, casi se alzaba por encima de su cabeza—. Ahora me he convertido en un pastor que trata de reunir a su rebaño y que no sabe a ciencia cierta dónde puede encontrarse.

—¿Qué van a hacer esos corderos en una ciudad? —preguntó la joven, que parecía no haber entendido el juego de palabras.

—Lo mismo que tres cerdos en una cabaña de ladrillo —gruñó—. ¿Dices tres años? No puede ser tanto tiempo, pues hará apenas unas semanas que pasé por sus intermediaciones y allí no había ningún ejército... ¿Quién es esa Dama de los Hielos de la que has hablado y qué es lo que pretende?

—Nadie sabe quién es ni cuál es su fin, pero muchas cosas se dijeron cuando apareció. Contaban que se trataba de la heredera del antiguo Señor del Yermo y otras historias increíbles. Fue aquel un tiempo de los más extraños que he conocido, aunque no puedo decir que sepa mucho del mundo —dijo Embair mientras un largo escalofrío parecía recorrerle el cuerpo—. La Plaga se había evaporado y ese Conde que dicen que la llevó consigo se refugió en el

desierto, justo al otro lado de las montañas. Eso es al menos lo que decían las habladurías. Supongo que eso ya lo sabrá.

—¿Hace tres años...? —musitó, incómodo.

—No, de eso hace... —contó con los dedos— al menos... seis, sí, seis años. La Dama de los Hielos apareció tres años después del final de la guerra.

—Seis años. —Se quedó embobado, mirando el vacío—. ¡Seis años!

—¿Qué os sucede? —preguntó, asustada. Buenas razones tenía para hacerlo. El hombre había empalidecido y miraba el bosque como si no estuviera allí, mientras continuaba repitiendo lo mismo una y otra vez—. ¡Esperad aquí! —le ordenó, echando a correr entre los árboles de bajas ramas y desapareciendo en una súbita curva—. ¡Mi casa no está lejos!

—Éste es el hombre que os dije, padre —oyó susurrar a la voz de Embair. Una dulce oscuridad y el calor de las mantas la acompañaban—. Le encontré en el bosque cuando regresaba de llevar la comida a Elemnis, y parecía algo trastornado, pero, al hablarle de la Dama de los Hielos, sufrió una especie de ataque. Tuvimos que traerle hasta aquí Koniass y yo. No hacía otra cosa que murmurar insensateces.

Sobre él, el techo de madera de la habitación se combaba, como pudiera hacerlo el del camarote de una almadía, aunque, entre los tablones podían verse hebras de paja que servían para aislarlo de las corrientes y que rara vez se habrían visto en una embarcación. Las paredes, del mismo material parecieron borrosas por un instante, ante su cansada vista. Olía a aromas hogareños, a polvo reciente, a horno de pan y, lejanamente, a ajo y a especias. Aromas agradables y que, en su memoria, le llevaban a tiempos lejanos y mucho más felices que aquellos.

—Ya te he dicho que no hables con extraños, pequeña Embair —dijo un hombre mayor—. Podría tratarse de uno de esos bárbaros, mira el color de su pelo. Por muchas buenas intenciones de las que ahora vengan cargados, no dejan de ser demianos con piel de cordero.

—No tenía intención de molestar, bien lo saben los dioses —susurró débilmente desde la cama—. Me marcharé si le he ofendido.

—No habla como un demiano ni como un soldado, me parece.

—Es lo que os dije, padre. No es ninguna de las dos cosas y se obstina en entrar en la ciudad.

—¿No seréis un mago? —preguntó, alarmado—. No queremos tratos con magos.

—No, no lo soy. Conozco muchos de ellos, pues hubo un tiempo en el que les fui útil y me utilizaron de mensajero. A sus órdenes recorrí Drashur y con sus medios visité Kiramel y el Yermo —respondió, melancólico—. Pero murieron o huí de ellos hace tiempo, bastante más del que creía. ¿Qué año es éste, si no os parece acaso la pregunta de un trastornado o un loco?

—Es el año treinta y cuatro de la Era de las Estrellas, aunque los invasores del norte pretendan que lo llamemos quinto año de la Dama de los Hielos y los Altos Magos suelen nombrarlo como el sexto tras la Plaga.

—*Fue aquello que...* —se dijo, entre susurros, mientras las memorias de su más que prolongado viaje se reordenaban en su mente—. Os agradezco vuestras respuestas, Meiren, hijo de Morn, pues son sinceras —murmuró al cabo de un instante, incorporándose del blando lecho donde le habían acostado—. vuestras palabras serán recordadas para siempre, pues me disteis cobijo y, si Athiel nos sonríe en esta ocasión, lo que habéis hecho será considerado un gran honor en los años venideros.

—¿Sabéis mi nombre? —murmuró en voz baja el aldeano, retrocediendo algunos pasos—. ¿Cómo? ¿Sois acaso un hechicero del bosque?

—No, Meiren. Conozco vuestro nombre porque por él sois llamado, del mismo modo que conozco el de cada uno de vuestros compatriotas por el mero hecho de ser nombrados por los suyos. —Ajustó su cinto y envainó la espada plateada en él—. Es la maldición que acarreo. Al menos gran parte del tiempo. No hay más magia en ella que en el amanecer.

—Habláis con acertijos, pero confío en vos. —Meiren abrió la puerta de la pequeña alcoba para que entrara algo de luz—. ¿Queríais almorzar con nosotros antes de partir?

—Os agradezco la invitación y la aceptaré. Pero también agradecería, si no es abusar de vuestra hospitalidad, un balde de agua tibia y una hoja afilada. —Se llevó las manos al mentón—. Sea cual sea el destino de un hombre, es conveniente acudir a él presentable.

Meiren era un hombre de unos cincuenta años, de pelo entrecano, tez morena y arrugas profundas por el aire de la montaña. Tras afeitarse, tomaron el almuerzo que le habían ofrecido y le contó que tenía tres hijos, o al menos había tenido, pues el mayor de ellos había muerto unos años antes, en la guerra, como soldado de Ciudad de la Luna. Sus otros dos hijos, Embair y Elemnis, vivían aún con él y con su esposa, Fergalia, que se encontraba

visitando a unos parientes en una de las aldeas cercanas. Sirvieron queso, algunos embutidos y pan moreno. Había también legumbres cocidas y frías y panceta salada del invierno anterior.

—Sin barba parece más joven —le dijo Meiren, tras acercarle unas rodajas—. Habíamos creído que tratábamos con alguien mucho mayor.

—No es así como me siento —suspiró—. Una vez conocí a una mujer llamada Emberia —dijo a Embair—. Así es como dicen tu nombre al otro lado de las montañas, en la Gran Sodai. Cuando era joven, cuentan que era muy hermosa, pero los años y las preocupaciones la marchitaron prontamente. La última vez que la visité no pude verla en persona —por un instante se quedó mirando al aire— y ahora es tarde. Murió con el último invierno y su nieta la sustituyó. No sé si será una buena Condesa para Sonna, pero tiempo al tiempo.

—¿De veras? Parece que habéis viajado mucho. Dijisteis que también habíais estado en Kiramel y el Yermo. —Rió la joven.

—Y en Fyelan y en Cexall. He ido a muchas partes a lo largo de mi vida, pero en pocas me han tratado tan bien como en su hogar. Gracias por su hospitalidad, amigo Meiren, y suerte con sus cosechas —dijo con un gesto amargo, una vez hubieron terminado de comer y recogido sus cosas—. Debo marcharme antes de que os ponga en peligro... a vos y a los vuestros.

—Gracias por su compañía —se despidió el campesino, guiándole hasta el porche de la rústica casita de madera donde vivía—. Ha sido muy agradable conversar con vos, pero, si en verdad se dirige a la ciudad, debería contar con ayuda —murmuró—. Se dice que un hombre del norte, uno de esos *colonos* como les gusta llamarse a sí mismos, conoce formas y maneras de entrar en ella. Preguntad por Pentaides y puede que él sepa cómo haceros atravesar la muralla blanca, pero tened buen cuidado con quien habléis, pues no se trata de un hombre querido por todos.

—No os preocupéis por mí. Encontraré la forma de hacerlo —se despidió de nuevo, agitando la mano—. Ahora debo reunirme con mis compañeros. ¡Que la Dama de la Fortuna os sonría a vos y a los suyos durante largos años!

—Tanta conversación y, tonto de mí, he olvidado preguntarle su nombre —se dijo Meiren al momento—. ¡No nos habéis dicho cómo os llamáis! —gritó al aire, pues el extraño ya se perdía camino adelante.

—¿Creéis que volveremos a verle algún día? —dijo Embair, saliendo de la casa—. Aunque no estaba nada bien de la cabeza, parecía ser buena persona.

—Muy difícil lo veo, pero me gustaría haber sabido cómo se llamaba. ¡Qué se le va a hacer! —suspiró el campesino.

—Después de cómo reaccionó casi es mejor dejarlo así, bastantes preocupaciones debe de tener. Será mejor que paséis a dentro —aseguró la muchacha, entornando la puerta—. El viento sopla del norte y no es cuestión de que cojáis un resfriado a estas alturas.

Las palabras del campesino se perdieron lejos, a sus espaldas, pero no por ello dejó de oírlas. El camino bordeaba una ancha franja de bosque, oscuro y sombrío, a su izquierda, pero, a tramos, éste desaparecía para unirse a los pequeños campos de cultivo de su derecha.

Ante cualquier señal de peligro, y hubo varias a lo largo de la jornada, el extraño se refugiaba entre las ramas de los abetos y los arbustos o helechos hasta que lo que fuera pasase. La mayor parte de las ocasiones se trataba únicamente de campesinos, llevando narrias o pesados carromatos tirados por bueyes, pero, en una de ellas, cuando casi había decidido dejar de ocultarse, entró por primera vez en contacto con los hombres de la Dama de los Hielos.

La patrulla de ocho hombres a caballo pasó de largo sin detenerse ni por un momento ni dar señales de haberse percatado de su presencia. Eran, en su mayor parte, hombres bastante altos, pero no pudo ver sus rostros, puesto que llevaban bruñidos yelmos, a la guisa de los gorimianos, y rematados con grandes penachos blancos. Sus armaduras eran pesadas, pero bien forjadas, y sobre ellas llevaban sobrevestes también blancos y sin adornos de ninguna clase, similares en su hechura a los de los guardias de Sonna. Todos portaban espadas y del flanco de sus monturas colgaban escudos de madera y metal espléndidamente trabajados, adornados con pinturas de aves en llamas y figuras heráldicas. En formación, desaparecieron a su espalda, en dirección al sur. Unos minutos después de que el polvo se asentase, se atrevió a proseguir su marcha. A partir de entonces se volvió incluso más precavido que antes y mantuvo el oído atento a cualquier sonido, pues todavía no sabía qué órdenes habían recibido de encontrar extranjeros o cuáles eran sus intenciones.

—Si eran demianos, han cambiado mucho en muy poco tiempo —dijo, acelerando el paso para apartarse de los soldados—. Piel de cordero, susurró Meiren, pero ésa era demasiada lana para unos bárbaros —suspiró—. Busquemos ahora a Pentaides, sea quien sea. Preguntaremos en las posadas y tabernas y, si eso no

ayuda, reconoceremos que el que se ha vuelto loco es el mundo y no nosotros.

El camino fue descendiendo cada vez más y los restos de bosque fueron haciéndose más escasos, junto con los escondrijos. Comió algunas bayas y un poco de queso y embutido que la joven Embair debía de haber metido en su saco de viaje y bebió unos tragos de agua, a la vera del sendero. Tras aquel refrigerio, decidió arriesgarse, pues muchas horas de día faltaban todavía para el anochecer, y continuó caminando al descubierto, confiando en no encontrar nuevas patrullas que entorpecieran su paso en lo que restaba de día.

Por fin, al tiempo que las primeras sombras de la noche envolvían los prados y campos, vio las luces de una pequeña población en lo alto de un repecho, a menos de tres o cuatro millas. Llegó a ella cuando el sol ya se había puesto y las hogueras del campamento y Ciudad de la Luna, ahora directamente al este de donde se encontraba, comenzaban a iluminarse y ser atizadas con fuerza. Ningún combate se veía en la llanura, ni tan siquiera los fogonazos y el ruido de las máquinas de guerra que cualquiera hubiera esperado. Debía de tratarse de un sitio por hambre.

El pueblo era poco más que una aldea de montaña, con un par de docenas de casas de madera desperdigadas que se inclinaban sobre el sendero de tierra para recoger lo poco que dejaban a su paso viajeros y comerciantes. Había una pequeña capilla dedicada a la Dama del Día —cuán diferente era de las de Sonna— y una posada de dos plantas. Sobre su puerta, al más puro estilo de Drashur, colgaba un cartel medio desvencijado en el que se podía adivinar la figura de un cuadrúpedo, el extraño no pudo descifrar de cuál se trataba, levantado sobre sus patas traseras en actitud retadora y fiera. Bajo él, y con sus riendas atadas a unas gruesas trancas de madera clavadas en el suelo, había cuatro caballos adornados de idéntico modo que los de los soldados que había visto unas horas antes. Palmeó las ancas de uno de ellos. Calientes y algo sudorosas. No hacía mucho que se habían detenido tras una larga cabalgada.

En el interior, había unos cuantos campesinos que, en silencio, bebían de grandes jarras de cerámica. Parecía un lugar bastante agradable, con vigas de madera pintada, oscurecida por los años, y una chimenea cálida en uno de los extremos, pero aquella falta de movimiento y de ruido resultaba ominosa. Fue a la segunda ventana, iluminada por la luz de varias lámparas de aceite. Desde allí podía verse el otro extremo de la sala y la razón de tanto silencio.

Tres enormes guerreros, enfundados en los mismos sobrevestes blancos que los que ya había visto en el camino, apuraban sus bebidas junto a la barra. Habían dejado sus yelmos empenachados sobre la mesa y su aspecto, entonces más que nunca, era el de tres bárbaros demianos dispuestos a acabar con quien se atreviera a interrumpir su fiesta.

Tras una fila de jarras, el posadero los observaba con aspecto hosco junto a varias barricas de roble con manchas de humedad. Al cabo de unos momentos, el cuarto miembro de aquella patrulla descendió por las escaleras que conducían al piso superior colocándose el sobreveste sobre la armadura. Tras amenazar con el puño al posadero, se unió a sus compañeros.

Tentado estuvo de intervenir, pero sabía que su presencia nada cambiaría, pues se sabía incapaz de enfrentarse a aquellos cuatro hombretones. De todos modos, necesitaba un lugar donde refugiarse para pasar la noche y el recuerdo de la calidez de la cama en casa de Meiren le envolvió. Ocultando su espada entre sus ropajes mediante largas tiras de tela sucia, agachó la cabeza y, con paso cansado, entró en la posada.

—Posadero —susurró al hombre que se hallaba tras la barra—. Desearía una cama para pasar la noche. Me conformaría con poder descansar en los establos, si no tenéis un lugar mejor.

—No tenemos camas para vagabundos —le dijo éste, sin atreverse tampoco a levantar la voz, por miedo a llamar la atención de los bulliciosos soldados, que se entretenían lanzando la cerveza de sus jarras a uno de los parroquianos y provocándole con insultos y gritos escandalosos.

Uno de ellos se volvió hacia él, entre carcajadas, y le pidió que le sirviera de nuevo. Entonces, vio al extraño, parado y encogido junto al posadero.

—¿Quién o qué eres tú? —preguntó con voz ruda y acento del norte, tras dar un largo trago de rubia cerveza. Con la manga se limpió la cara del mismo modo que si hubiera tenido barba, pues esa es una costumbre que difícilmente muere en los hombres.

—Sólo soy un caminante de paso —le respondió, encogiéndose un poco más.

—¿Es eso que veo en vuestro hombro un arco? —dijo, empujándole, habiendo encontrado un nuevo blanco para sus burlas—. La Dama de los Hielos ha prohibido a los campesinos llevar armas. —Con un nuevo empujón le hizo trastabillar y retroceder precipitadamente varios pasos, pero no hizo nada por defenderse.

—Es todo lo que me queda —respondió, sintiendo que la rabia le crecía por dentro, pero manteniendo la calma—. Provengo del otro lado de las montañas y un alud del deshielo estuvo a punto

de sepultarme. Ni tan siquiera porto flechas y su cuerda se partió hace tiempo —explicó, mostrando la larga tira de tela que, a modo de cordaje, le servía para colgar el arco de su hombro.

—Ahora no os queda nada, pues lo reclamo como pago. Una tasa por entrar en el territorio de la Dama —gruñó el norteño—. Entregádmelo de inmediato.

—No será necesario —rugió una voz desde la puerta.

La figura de un hombre ancho de hombros se recortó, embutida en una gruesa armadura, contra el cielo plagado de estrellas del otro lado y por un instante pensó que se trataba de él, pues a juzgar por su forma de actuar y su aspecto bien podía haberle ahorrado el viaje hasta el interior de la ciudad sitiada, pero, al dar un paso, las ilusiones del extraño se frustraron. Se trataba de otro de aquellos soldados norteños. Éste, a diferencia de los que había visto hasta entonces, de yelmos empenachados de albo, lucía un penacho azulado.

—Soldados, retírense de aquí y dejen en paz a estas buenas personas —dijo, y su voz resonó alta y clara, y, aunque había en ella el mismo acento de las tierras del norte, recordó a todos las voces de los antiguos reyes—. Acompañenme para ser juzgados, pues han utilizado el nombre de la Dama para fines deshonestos y ya conocen cual es el castigo para semejante ofensa.

Pareció que los soldados iban a sublevarse ante su superior, pero, sin decir palabra, recogieron sus yelmos de encima de la superficie de la madera y, uno tras otro, desaparecieron en la noche.

—Lamento lo sucedido. Sepan que no volverá a darse el caso —anunció el oficial, saludando con una inclinación de cabeza y antes de retirarse tras sus hombres.

Al cabo de unos minutos el sonido de los cascos de sus monturas se perdió camino adelante.

—Es una lástima que no viniera antes por aquí —masculló uno de los aldeanos, un hombre de edad con un gran mostacho canoso, poniéndose en pie y estirando su espalda—. Aunque, si no lo hubiera hecho, yo mismo habría acabado con los malditos. —Todos rieron y batieron palmas ante el desatino del anciano que, tambaleante, se dirigía a buscar más cerveza para su vacía jarra.

—No debería servirte más —le advirtió el posadero—. Ya has bebido suficiente por hoy.

—Una jarrita más no me hará daño y servirá para desentumecer mis huesos —le respondió con una sonrisa, mostrando los cuatro dientes que le quedaban—. Ya sabes que no me apetece demasiado volver a casa con la parienta.

—De acuerdo, pero luego te marcharás —le respondió, volviendo su atención hacia el extraño, que todavía permanecía de pie—. Os he dicho que no tenemos habitaciones para vagabundos y, por vuestro aspecto, deduzco que no tenéis ni para pagar un hueco en las caballerizas. Marchaos.

—¿O qué, Cebdar? —gruñó, irguiéndose y mostrando que su estatura era muy superior a la que todos habían supuesto—. ¿Os pondréis impertinente ante un caminante que solamente os pide refugio durante una noche? ¿O, tal vez, llamaréis a esa guardia que tan bien os sirve?

Cebdar no supo qué contestar. Había pensado que aquel hombre era un vagabundo y, ahora, hablaba como si fuera el amo del mundo, con una voz todavía más poderosa que la del capitán de los Hielos. Dando unos pasos hacia atrás, echó mano de la gruesa estaca de madera que guardaba para defenderse junto a los barriales de cerveza y vino.

—Lamento haberos asustado —dijo, sonriendo—. Muchas millas en solitario y poco descanso hacen a los hombres irritables y bruscos. Pero tenéis razón, no tengo cobre ni plata con el que pagaros. Sin embargo, puedo ofreceros canciones e historias. —*De eso sé mucho*, añadió para sí.

—Está bien —reconoció el posadero—. Hace tiempo que no tenemos noticia de lo que sucede al otro lado y si podéis contarnos qué es lo que acontece en el otro extremo de los montes os estaremos muy agradecidos.

—De lo que acontece mucho sé o, tal vez, no sé nada —respondió, con voz triste, contradiciendo unas palabras con las siguientes—. Mucho tiempo he estado ausente de las tierras de los hombres y, más parece, que incluso de las de los dioses. Lo que conozco son noticias añejas, de cuando la Plaga assolaba a los buenos hombres y el fin parecía cercano. Después de aquellas malas nuevas poco sé de primera mano —suspiró—. Pero, en cambio, puedo contar historias que no han llegado ni a oídos de Reyes o Altos Magos, historias que asustarían a los jóvenes y que harían a las mujeres apartar sus rostros e incluso gritar.

—Muy macabras historias han de ser esas, pues, tras lo acontecido, pocas cosas nos aterran ya. Hemos sobrevivido al fin de los tiempos y permanecemos para contarlo —dijo Cebdar.

—Está bien. Que sea historia por historia y, entre medias —hizo una reverencia recargada que levantó las risas de la gente allí reunida—, una canción. Pues no todo ha de ser leyendas tenebrosas. Mas no tengo lira ni laúd con que acompañar mis palabras.

—De acuerdo. Historia por historia y, si son de nuestro gusto, una cama y un desayuno caliente al amanecer. —Rió el posadero,

pues se sentía aliviado y contento—. Creo que tengo una vieja cítara guardada en alguna parte que servirá para vuestros propósitos.

—Así sea. —El extraño se aclaró la voz y, con sus ojos azules clavados en el aire que le separaba del público, comenzó a narrar lentamente, con una voz hermosa pero algo estropeada por los avatares de la vida—. Corrían tiempos del año veintiocho cuando, a principios de la primavera, en la Sagrada Sonna, allá en la lejana Sodai...

Amaneció despejado, un buen tiempo para continuar con su camino. Aunque apenas si había dormido durante la noche, la fiesta y los cánticos se habían alargado hasta bastante después de que la luna hubiera alcanzado su cenit, se despertó antes del alba y abandonó la posada. Dejaba tras de sí una buena cantidad de historias y rumores que servirían para alimentar la imaginación de los aldeanos durante muchos años. Leyendas que aumentarían aún más con su desaparición.

Se alejó del pueblo montaños a buen ritmo y, sólo cuando se encontró fuera de la vista de las últimas casas, lo refrenó un tanto. Ya conocía un poco más que el día anterior sobre su destino y, por lo que había podido saber por Cebdar, el refugio del tal Pentaides se encontraba todavía a muchas millas al norte y al este de la Ciudad de la Luna. Los detalles no tardarían en llegar. Siempre lo hacían, de un modo u otro...

El resto de la jornada caminó despacio, haciendo todas las paradas que fueron necesarias y algunas más que no lo fueron en absoluto, pero que le dieron la oportunidad de admirar el paisaje, un bullente caldero de vida que despertaba a la primavera. Una primavera distinta a la que había dejado atrás unos días antes y cuyo significado todavía le llenaba de angustia, pues no conocía ni su sentido ni su razón.

Los recuerdos, las memorias que, en su interior, mantenía reprimidas, hervían con fuerza, animadas por fuerzas que en mucho se asemejaban a las que impulsaban semejante renacimiento de vida tras el frío invierno. Los antiguos dolores y alegrías se entremezclaban, aguijoneándole el pecho con saña, luchando contra la determinación que le impulsaba igual que un saco de piedras lucharía contra los esfuerzos de un nadador por mantenerse a flote. Pero él no se rendía a ellos. Entre murmullos, canturreaba frases sin sentido, acompañándolas con el taconeo de sus destrozadas botas sobre la hierba, la gravilla o el polvo del camino. Las utilizaba como escudo, protegiéndose con ellas de las añoranzas igual

que si fueran un pesado escudo. En su interior, sabía que lo único que conseguía de aquel modo era retrasar lo inevitable. No evitarlo. Llegaría el momento en el que se rompería ante el empuje de la realidad, tal vez arrastrándole con él a la desesperación.

Aun con semejante carga en su corazón, anduvo por los sinuosos senderos de la montaña que, al irse alejando cada vez más de las protectoras murallas, se volvían más estrechos y descuidados. Las patrullas de los hombres de la Dama eran poco frecuentes, pero, de tanto en tanto, abajo, en la llanura, podían verse caballeros, que bien en grupo o en solitario, recorrían las calzadas y los caminos más importantes.

Cuando el sol se puso tras las montañas, decidió dar por concluida aquella jornada de marcha. Durante el día siguiente, descendería por las millas de ladera que todavía le separaban del llano y comenzaría la búsqueda del refugio de Pentaides, situado en algún lugar cercano al camino que llevaba desde la Siempre Libre al Paso de las Brumas. En aquella zona, los abetos habían sido reemplazados casi en su totalidad por monte bajo de jaras donde, espaciadas, crecían algunas encinas de troncos gruesos y copas abotargadas. En el aire, los zumbidos de las abejas se hacían notar y, con el último rayo de sol, se acallaron en sus panales. Buscó dónde éstos se hallaban, guiándose por su sonido, y descendió un cuarto de milla campo traviesa hacia el este, entre los arbustos y las regateras.

A los pies de una de las encinas más grandes el zumbido renovó sus fuerzas y se hizo amenazador. Allí pasaría la noche, bajo la protección de un árbol centenario y contando con unos guardianes que le alertarían a la menor señal de peligro con sus aleteos y protestas.

II PEÓN A SABIENDAS

En lo alto de las colinas, de rocas aplanadas por el viento y acacias cubiertas de afiladas hojas, vive el rey de las bestias. Sus dominios, allí hasta donde su vista alcanza, son vigilados y protegidos por el noble animal con denuedo y valor, pues, como buen soberano, se debe a sus súbditos. Las gentes de los oasis y la sabana le adoran, pero no se niegan a cazarle y vestir sus pieles. La admiración que por él sienten no sirve para protegerle de sus aguzadas lanzas.

Historia de Timat-Alash

En la oscuridad se movían cosas. Decir que se movían, tal vez sea un poco exagerado. En realidad podría decirse que se arrastraban torpemente de acá para allá, tratando de no llamar demasiado la atención. En el centro de toda la oscuridad, o al menos en algo que podría denominarse así, La Diosa observaba una pequeña bola de materia que giraba más bien a disgusto frente a ella. Había contemplado aquel objeto desde muchos eones antes sin darle mayor importancia, pues sabía que si aquello había surgido lo había hecho por su Voluntad y no tendría por qué preocuparle. Sobre su superficie se movían millones de seres y parecía bullir con luz propia. La Diosa vio cómo se desplazaban continentes a gran velocidad, chocando los unos con los otros...

Para una mente tan vasta como el infinito, todo parecía moverse con una celeridad increíble, pues estaba en el Tiempo y eso era algo de lo que ella carecía. Trató de fijarse en aquella masa que parecía enfriarse rápidamente y, por un instante, dejó de verla. El corazón —si hubiera tenido uno así lo habría sentido— pareció parársele durante un instante. Llevaba sola desde siempre y su única compañía la había abandonado nada más iniciarse su existencia. Supo entonces que aquello no era como debía y concibió la Necesidad de que fuera de otra manera. Con su Voluntad recreó aquella minúscula partícula de materia y, para que aquello no volviera a suceder, creó a los que la salvaguardarían y mantendrían apartada de la llamada del vacío.

Primero dio lugar a la Luz que la iluminaría y la situó en los márgenes de la Materia. Él estaría más cerca que ningún otro de

ella y, como todos, sería en parte de ella y en parte de aquel pequeño mundo. La Luz engendró Vida, pero, como toda luz, ésta también dio lugar a las sombras, que no eran sino un reflejo de las verdaderas, aquellas en las que La Diosa se había encontrado sumergida durante la eternidad. Del lado oscuro del mundo surgieron la Noche y la Muerte. La Diosa los vio y les dio la bienvenida, pues sin ellos lo que tenía que ser, la Necesidad, no tendría Equilibrio.

Y del enfrentamiento entre los poderes que había engendrado nació la Guerra y la Paz, cada una en su tiempo y momento. Y La Diosa les dio la bienvenida, pues eran parte de la Necesidad. Y las heridas de la Guerra sanaron por mano de la Paz y todo fluyó en equilibrio. La materia primigenia se convulsionó con fuerza y quedó dividida en Agua y Tierras elevadas. Y La Diosa les dio la bienvenida, pues ambos habían estado desde siempre en la Materia.

Pero sucedió que, los poderes, negando toda Necesidad y Equilibrio, se volvieron contra la Voluntad y ejercieron su dominio de un modo que no le correspondía. Y la Diosa no pudo por menos que detenerlos y poner fin a sus desmanes, porque atentaban contra todo principio. Y los apartó de la Materia mientras ésta recomponía su forma fuera de su alcance. Y se apartó con ellos por el bien del Equilibrio que había marcado, hasta que sanara y se recompusiera. Y dejó su Destino en manos de los que lo habían originado.

Y así comenzó todo...

Después, la caída se prolongó infinitamente y el viento aulló con furia en sus oídos...

Despertó, aturdido y confuso, al tiempo que las primeras luces del día se alzaban en el horizonte, tras una cortina de nubes grisesáceas y filamentosas, que apenas servían para oscurecer el rojizo resplandor del amanecer. Por unos instantes no supo dónde se encontraba y eso, siendo él, fue demasiado extraño. El viento silbaba entre las hojas y las abejas canturreaban en el aire. Un zángano se posó sobre su mano y la inspeccionó durante algunos minutos para después, con un aleteo ronco y pausado, desaparecer como una mota dorada bajo la luz del sol.

A su alrededor, fuera del amplio círculo que formaban las ramas de la gruesa encina, una fina escarcha blanquecina había cubierto la hierba, haciendo que los brotes verdes se mostraran pálidos y brillantes. Se levantó y, con un bostezo, dirigió su mirada hacia el este. A lo largo de ese día, y los dioses sabrían cuántos más, recorrería las llanuras a la búsqueda de aquél que parecía ser la llave para continuar con su camino. Sin importar la fecha, su misión era seguir adelante. No podía demorarse más tiempo.

Tras tomar una magra ración de sus reservas y rellenar su odre en un regato que corría paralelo a su destino, emprendió la marcha mientras la luz del sol evaporaba el agua depositada sobre las hojas. Las frías primeras horas del día quedaban atrás por fin. Aquel regato se unió pronto a varios más que saltaban alegremente entre las rocas, cavando profundos aunque estrechos cauces y, al cabo de varias horas, cuando el sol casi había alcanzado el mediodía, giró hacia el norte, para ir a desembocar en uno de sus hermanos mayores de la salvaje Tierra de los Mil Ríos. Eso hizo que se viera obligado a desandar varias millas, pues la ribera estaba demasiado enlodada como para saltarlo y, allí, su lecho estaba bastante ensanchado.

Regresó sobre sus propios pasos, subiendo por la empinada ladera del Jerd-eméth, el Monte de los Abetos, como era conocida aquella montaña en particular, y saltó sin ningún esfuerzo el de nuevo estrecho cauce. Después de refrescarse el rostro en sus aguas y tomar un breve tentempié de bayas y los restos de embutido de Meiren, acompañó otra vez el curso del riachuelo, en esta ocasión por su orilla sur.

—Podrías haberme advertido —dijo en voz alta, como si hablara con las flores o los matojos, o aún al propio regato de aguas claras y transparentes, pero no obtuvo ninguna respuesta. O al menos no pareció que nadie le hablara, pues durante unos instantes permaneció en silencio y ceñudo, mirando el horizonte como una estatua. Después, se puso a cantar, mientras rodeaba unas grandes rocas abollonadas que el tiempo, y los aludes, habían amontonado en su camino.

*Un paso tras otro doy por la senda de la vida,
espero no tropezar, con el mal, o la mentira.
Adonde el camino va, ya lo diré cuando llegue.
Y cuando haya llegado, puede ser que no regrese.*

*Porque al son de la dulzaina
y al compás de los timbales
salto en la danza macabra
que me lleva a otros lares.*

*Empero si algún día a mi viejo hogar volviera,
sobre mi labrada silla o envuelto con tela,
nunca jamás escucharéis contar a nadie
que hasta la última gota de sangre no me dejase.*

Caminó sin apenas avistar señales de vida en todo el día, aparte de las bandadas de pájaros que volaban hacia las tierras encharcadas y una pequeña piara de jabalíes que pasó a su lado como alma camino de los Abismos y que se perdió rápidamente entre los brezos.

Cuando el día de marcha llegaba a su fin y la sombra de los Pilares empezaba a rozarle la espalda, como si de una carrera hacia las llanuras se tratase, el resplandor frío del metal bruñido llamó su atención desde los límites de lo que parecían ser tierras de cultivo. Tenía todo el aspecto de un arma o armadura golpeada por un rayo del moribundo sol.

El extraño, corrió a refugiarse tras un grupo de abedules y laureles cercanos que bebían a las orillas de otro de los numerosos arroyos. Si había alguien allí o se había tratado de un mal reflejo del sol contra el agua o las hojas plateadas, no supo decirlo, pues no se repitió. Con la lentitud propia de un animal de presa, trepó por las ramas bajas, ocultándose con el follaje y pensando que, de aquella manera, su vista alcanzaría para ver lo que había más adelante.

—*¿Dónde te encuentras ahora que te necesito?* —se preguntó, al tiempo que apartaba las hojas que le entorpecían el paso. No obtuvo respuesta alguna. El aire a su alrededor pareció hacerse más frío, como si de pronto pudiera sentir con mayor fuerza la soledad que le rodeaba—. *¿Ni palabras de lo que ahora sucede, ni advertencias sobre el tiempo perdido? ¿Qué pudo pasar con los días y años tragados por el abismo?*

Delante de él, tras un murete de piedra, bajo y medio desmoronado, y unos arbustos rechonchos y cubiertos de espinas, asomaban las ancas de un caballo y lo que bien podía ser una cabeza humana, tan inmóvil como la suya en aquel instante. Apoyó con fuerza el pie en otra rama, para subir un par de palmos más y ver el resto de lo que fuera, amigo o enemigo, que se agazapaba tras las rocas. La rama se partió con un chasquido y un grito de horror apenas contenido llenó el aire.

—¡Primero invadís las mías tierras y ahora me lanzáis ramas! —exclamó la voz de un hombre joven desde los pies del abedul donde se había encaramado—. ¡Bajad de ahí para que pueda ver qué sois, bestia, elfo o humano! ¡Pero que antes desciendan vuestras armas por propia cuenta o las mías flechas os atravesarán de parte a parte!

—Disculpádmeme si no lanzo mis armas —dijo él desde lo alto—. Pero me veo en cierto apuro para sostenerme con un brazo y si lo soltara de su asidero alcanzaría el suelo al mismo tiempo que ellas... o aún antes.

—¡Lanzadlas u os atravesaré! —gritó con furia, ante aquellas amables palabras del todo inesperadas—. ¡Os hablo seriamente!

—No pongo en duda vuestra palabra —explicó—. Pero me es imposible obedeceros. Al menos apartaros de debajo del árbol, pues si caigo no lo haré de esa forma sobre vos.

—Está bien —anunció tras un instante de duda—. ¡Pero recordad que os estoy apuntando y que no dudaré en disparar!

—Repetís demasiado que vuestras flechas me atravesarán y ni tan siquiera pudisteis dilucidar por vos mismo si era hombre o bestia. —La voz provenía de algún lugar del suelo, alejado de las ramas que había estado vigilando con atención—. No creo que esa espada que portáis pueda ser arrojada muy lejos.

El joven se volvió lentamente. Tendría unos quince años y el pelo, moreno y liso, le caía sobre el hombro izquierdo en una larga coleta. Sus ojos eran algo oblicuos, pero menos que los de los habitantes de las islas Niheshi o L'un, y del color gris de las nubes sobre el mar. Aunque el tiempo todavía era fresco, vestía sólo ropas de cuero tachonadas con multitud de piezas de metal desigual y una corta capa de lana verdeazulada.

—¿Qué queréis? —preguntó, habiendo perdido la superioridad de su voz—. ¡Habéis invadido tierras que no os pertenecen!

—¿Lo he hecho? No vi vallado que me cerrara el paso ni mojón de rocas que lo anunciase —respondió—. El único muro que he visto desde el amanecer está allí delante, donde ocultáis vuestra montura.

—Ese es el muro que defiendo, pues esas son tierras de los colonos del norte y los Hielos no son en ellas bien recibidos.

—¿No he vulnerado vuestras fronteras y además me tomáis por un demiano? —Rió, apoyándose contra el tronco de un laurel. Tomando algunas de sus hojas en la mano las olió—. Creía que tendríais una vista más aguda. Un norteño os habría ensartado a la menor oportunidad y sin tanta palabrería. —Apartó los harapos que cubrían su arma y le mostró la empuñadura de la espada, envuelto todavía en telas sucias.

—Si no sois demiano ni bandido, ¿por qué os dirigíais entonces hacia el norte, evitando la calzada? —dijo el joven colono, avanzando algunos pasos hacia él, todavía empuñando la espada.

—Busco a un hombre que habita en estas tierras y que es conocido por ayudar a los que quieren entrar en la Siempre Libre Ciudad de la Luna —afirmó, orgulloso, sin moverse un ápice de donde se encontraba—. Vengo para entrevistarme con él y rogarle ayuda.

—No os puedo permitir el paso. —El joven había decidido no dar su brazo a torcer—. Podríais ser un espía o un asesino envia-

do... —Un chapoteo y un gruñido interrumpieron súbitamente sus palabras. Después, por toda la llanura, resonó un relincho agónico— ¡Saichen'ajt! —murmuró y echó a correr en dirección contraria—. ¡Hay que marcharse!

Una mole de carne se precipitó hacia el extraño, arrancando varias ramas de los abedules a su paso al tiempo que rugía con un aliento hediondo.

—¡D'najel, s'natin! —gritó al joven—. ¡Calla y combate como un hombre! —Giró sobre sus pies y, con un movimiento que no tenía nada de lento, desenvainó a L'anderil, la Llama de los Bosques, la espada de sus antepasados; ésta refulgió con un brillo de plata en los ojos de la bestia, pero no hizo que se arrendara. Todavía no.

Los ojos del monstruoso simio pasaron del arma al que la esgrimía, mientras sus labios se fruncían para mostrar los colmillos con los que había abatido a decenas de guerreros más poderosos. Dio algunos pasos, dejando ver las mortales garras de sus zarpas delanteras, y chasqueó los dientes con un sonido que habría amedrentado incluso a una manada de hienas de las Llanuras Centrales, pero el pequeño guerrero no retrocedió con aquella luz odiosa brillando en su mano.

Con un rugido de furia, el gerioder dio media vuelta y se alejó. Poca carne y demasiados problemas, debió decirse mientras desaparecía entre las peñas, ladera abajo.

—Debemos marcharnos —dijo al joven, que se había parado junto a los restos de su caballo, destrozado de una dentellada—. Volverá para recoger la carne. Tiene que alimentar a su prole, que no es poco extensa.

—¿Cómo lo habéis hecho? —preguntó—. Esas cosas no se amilanan con tamaña facilidad.

—Temen a la magia. Pero no lo suficiente como para descuidar a sus crías —respondió con una mueca—. Conducidme al que dices que es el amo de estos contornos, D'najel, pues sospecho que él y la persona a la que busco son el mismo.

—¿Conocéis el mío nombre? —murmuró—. ¿Qué clase de estrategia es esta?

—Conozco muchos nombres. Ahora me conduciréis hasta Pentaides. Si os acompaño, ella me olerá y no se os acercará. De otro modo, a pie, es muy probable que os dé alcance antes del amanecer. —Sonrió con una mueca de cansancio—. No, no es una amenaza —se adelantó a su pregunta—. Aunque sois joven habéis sido criado en estas tierras y sabéis que pueden retirarse, pero que no se rinden con facilidad.

—De acuerdo entonces —gruñó desconfiado—, pero me entregareis vuestra espada.

—No. Si queréis la ataré con fuerza a mi cintura, pero no la entregaré —dijo, poniéndose en marcha—. Supongo que es hacia el norte.

—Parecéis saber muchas cosas —aseveró, guiándole a lo largo del muro de piedra, hacia el nordeste—. Pero no sois de aquí y por vuestro acento me atrevería a aventurar que procedéis del Límite Occidental, ¿me equivoco?

—Así es, de allí vengo y allí mi Dama me espera. «Camino solo desde el alba de los tiempos buscando a los que, como yo, fueron repartidos por el mundo» —citó, mirando al horizonte durante un instante, con gesto ausente, como si más que el paisaje mirara en sus recuerdos—. Una vez evité enfrentarme a un ser parecido a ése en ferocidad y fui tachado por ello de cobarde. Ahora voy a la búsqueda de los que le dieron muerte para que me acompañen en mi viaje. ¿Quién sabe cuánto tardaré en hallarlos?

—¿Estáis seguro de que queréis ver a Pentaides? —preguntó, mirando nervioso en la dirección en que había desaparecido la bestia—. Lleváis cosas de valor que él desearía poseer.

—Más de las que sospecháis diría. —Hizo una mueca, olisqueando el aire—. Pero no deberíais mirar hacia el mar, sino hacia las montañas.

—¿Por qué decís eso?

—Mi viejo maestro, Fineswort, me habría tenido sin almuerzo por hacer esa pregunta. Las nubes vienen del mar impulsadas por el viento. No se delatará por su olor y, si se atreve a atacar, lo hará desde el oeste, desde Jerd-emêth o desde Jerd-radum. D'najel, hijo de Odermitt, todavía os quedan muchas cosas por aprender.

—¿Sois acaso conocido de mi padre? —preguntó de nuevo—. Tendríais que habérmelo dicho con anterioridad. De haberlo hecho os habría tratado de otro modo cuando os encontré.

—Nunca le vi y él tampoco me vio nunca. Pero ya habrá tiempo para eso —respondió con un acertijo—. El mundo es simple y complicado a la vez. Las palabras sin sentido contienen, entre sus verbos, más de una profecía. Y las profecías comienzan a caer como fruta madura. Lo he visto y lo sé.

D'najel no contestó.

Caminaron, internándose en las llanuras, sin que nadie les diera el alto ni hubiera señales de la existencia de otros colonos. Las tierras de cultivo, que en otro tiempo fueron ricas y estuvieron bien cuidadas, se marchitaban, abandonadas, mientras las malas hierbas las invadían y las devolvían a sus orígenes. Al cabo de un par de horas, pasaron junto a los restos de lo que parecía una colina de piedras amontonadas que hubiera sido quemada y de-

rruida. D'najel le dedicó apenas una mirada y continuaron avanzando, ahora en línea recta hacia el norte.

—Tendremos que dormir en el camino —anunció el joven cuando el sol estuvo bajo—. Pues a pie todavía faltan muchas millas hasta la Fortaleza de Overion y el tramo que nos espera no es aconsejable recorrerlo en la noche.

—Creí que se trataba del refugio de Pentaides.

—Así es, pero de la fortaleza que le pertenecía sólo quedaron las ruinas que habéis visto. Los hombres de la Dama de los Hielos la destruyeron en tres días y le obligaron a viajar hacia el norte —dijo, con un tono entre alegre y entristecido—. Overion, aunque no confiaba en él, le dio asilo junto a los pocos hombres y mujeres que sobrevivieron. Al fallecer el viejo jefe, hace dos veranos, Pentaides se había hecho ya un hueco como consejero suyo y fue elegido para dirigir nuestra fortaleza.

Cuando el sol se ocultó por completo tras el nevado Jerdradum, el Monte Pelado, decidieron hacer un alto para descansar. Cenaron los restos de las vituallas que quedaban en la bolsa del extraño y unos pedazos de carne seca que D'najel había conseguido rescatar de las alforjas de su montura. Tras la pobre colación, se turnaron para montar guardia a los pies de un viejo árbol centenario que crecía en las cercanías de un cañón estrecho y profundo. Los sonidos de la planicie se hicieron evidentes, con cigarras y grillos cantando a la luna y gruñidos de frustración alejándose del pequeño campamento. A medianoche, despertó al joven para que lo relevara y, mirando un cielo cuyas estrellas desaparecían tras las nubes provenientes del este, se vio arrastrado a un sueño intranquilo.

La llanura, parda y aparentemente inalterable, se extendía hasta el horizonte. Poco después de un magro desayuno, y casi sin decir palabra, se pusieron otra vez en camino, sabedores de los muchos peligros que corrían al descubierto. Tras dos horas de marcha bordeando el cañón, el cielo se encapotó y una ligera llovizna empezó a mojarlos. D'najel le condujo a una serie de oquedades disimuladas en el terreno y, al cabo de unos minutos, descendieron por un sendero camuflado entre las rocas y se internaron en la profunda grieta excavada por las rápidas aguas de las montañas.

—A partir de aquí nos guiarán —dijo el joven, ajustándose el chaleco de cuero, como si de una señal se tratara—. Os aconsejaría que no hicieseis ningún movimiento brusco. Los vigilantes sí poseen arcos y no dudarían en usarlos.

El extraño calló, pues sabía que las advertencias del joven colono eran reales y no debían ser tomadas a broma, pero, por más que lo intentó, no pudo ver dónde se ocultaban. Anduvieron en silencio sobre la vetuada tierra arcillosa durante un buen rato, bordeando un crecido riachuelo, hasta llegar al extremo del cañón. Allí, sobre su pared, como el nido de una inmensa ave de presa, se alzaba la que el joven le había dado a conocer como la Fortaleza de Overion.

Una muralla de rocas amontonadas y unidas con argamasa la limitaba, alzándose a muchos pies de altura y rematada con varias filas de estacas aguzadas. Sobre ellas, grandes postes mantenían poleas a buena altura, de las que D'najel le contó que, en tiempos no muy lejanos, habían pendido largas pasarelas de madera que servían para reparar la muralla y elevar mercancías hasta lo alto. Buena parte de su base colgaba precariamente sobre el vacío. Allí, una rampa de madera y paja, rodeada por colonos de mirada adusta y ropas de cuero y metal similares a las del muchacho, los aguardaba.

Sin ninguna ceremonia, fueron conducidos por pasajes de caña y piedras amontonadas hasta una plazoleta que era el centro de la fortaleza y donde se alzaba un gran edificio circular, con techo de paja y cuerdas entrelazadas que se unían en la parte central formando un cono truncado. Entraron por una puerta baja y ovalada que, casi de inmediato, se cerró tras ellos y los dos hombres que le escoltaban de cerca. Al otro extremo de la habitación, un poco más allá del centro, donde ardían algunas hierbas aromáticas en un gran bol de cobre, había un trono vacío de madera oscurecida por el humo. Sus brazos tenían incrustaciones de hueso y su respaldo había sido tallado para darle el aspecto de un águila con las alas extendidas y el pico entreabierto, como si gritara.

—Os saludamos, extranjero —susurró una voz desde detrás del trono. Al cabo de un instante, una de las muchas sombras se movió para adelantarse hasta el centro de la habitación. Se trataba de un hombre muy moreno y casi calvo—. Es hora de que se nos explique por qué habéis abandonado vuestro puesto para traer a un extraño hasta nosotros —dijo al muchacho.

—Estando en él, uno de los grandes simios de la montaña mató al mío caballo —explicó, tratando de no mostrar ningún sentimiento—. Éste hombre evitó que acabara conmigo también y, por ello, accedí a guiarle hasta aquí, pues deseaba entrevistarse con vuestra merced.

—Me parece correcto, o al menos así le habría parecido al anciano Overion y le parecerá a tu padre, pero en estos tiempos que

corren deberíais haber sido más precavido. Nunca se sabe a quién se está metiendo en casa —dijo, manteniendo sus manos sobre las rojizas brasas del caldero de metal—. Joven D'najel, presentadnos al hombre que os acompaña para que así podamos mantener una conversación civilizada...

—Mi nombre no viene al caso —le interrumpió—. Dudo que pudiera tener algún significado para vos aunque lo reconocierais y no es por él por lo que hasta aquí he venido. Debo alcanzar la Alta Escuela y todos están de acuerdo en que vos sois el hombre adecuado para conducirme al interior de la Siempre Libre.

—No sé dónde habéis escuchado eso, pero no os hayáis muy desencaminado. —Sonrió. Sus dientes estaban torcidos y mellados, como si hubiera recibido un incontable número de golpes en el rostro—. No será barato y vos no parecéis tener ninguna pertenencia de valor en vuestro haber, salvo esa espada y ese arco descordado. ¡Ese será mi precio! De otro modo os entregaré a los buitres. Debéis comprender que no puedo permitir que informéis a nadie de mi oferta.

—Pentaides, desconfías de mí y no sin razón, pues bien podría ser uno de los hombres de la Dama de los que os visteis obligado a escapar —le advirtió, clavando sus ojos azules en los de color azabache del señor de los colonos—. No soy uno de ellos y, a decir verdad, todavía no me he hecho una idea de cuáles son sus intenciones. Os propondré un trato antes de continuar con esta conversación y su pago: contadme lo que sabéis sobre esa Dama de los Hielos y sus ejércitos y yo responderé a una única pregunta. Y lo que diré será tan cierto como las palabras de un sacerdote de Anthariel. Pero deberá ser una pregunta sobre el pasado o lo que acontece en estos días, no sobre lo que ha de venir, pues pocos pueden adentrarse en lo desconocido sin ser víctimas de sus propios saberes.

—Habláis como un adivino o un charlatán, pero nada pierdo con el cambio —dijo, alejándose del bol y sumergiéndose entre las sombras—. En primer lugar, decidme qué es lo que sabéis sobre ellos y yo rellenaré los huecos y repararé vuestras dudas.

—Hecho entonces —murmuró, adelantándose unos pasos y ofreciéndole su muñeca. Pentaides la estrechó con fuerza, al modo de las gentes de Keinthsgort—. De ellos poco sé y de su señora aún menos. Son de la raza del norte, demianos, y parecen entrenados para la guerra, pero, al menos cuando hay alguno de sus oficiales presentes, no se comportan como tales. Más de ellos no conozco, ya que nadie me ha querido responder y todos parecen querer ignorarlos, como si fueran una simple nube de verano que

desapareciera con apartar la vista de ella. Sus razones y las de su Dama las desconozco por completo.

—Ciertamente, mucho es lo que os he de contar —suspiró, con un gesto de cansancio—. Llegaron a las llanuras hace cosa de tres años, vistiendo de blanco y diciendo servir al nuevo poder que se asienta en la antigua Demostadt, mil veces maldita sea. Anunciaron la caída de la Jerarquía y la fractura del Yermo en distintos reinos rivales. Dijeron a todos que su deseo era llevar la paz y el orden a las vidas de los colonos, las gentes de las montañas y de la ciudad, pero aquella debía de ser una paz muy extraña, pues vinieron armados y listos para la guerra —interrumpió su discurso el líder de los colonos, volviéndose hacia el vacío trono y pasando sus dedos por las cicatrices que le recorrían el rostro.

»Algunos nos opusimos a sus leyes y por ello fuimos atacados... en nombre de la paz dijeron a todos. Muchos murieron a sus manos, pero los demás los siguieron, como corderos sin dueño que buscasen un pastor que los guiara. Los Altos Magos no se habían preocupado por el problema; era demasiado bajo para ellos. Pero en aquel día, pensaron que *el orden* también llegaba para alcanzarlos y, entonces, cerraron el paso a la Dama de los Hielos y expulsaron a sus soldados de Ciudad de la Luna. Ahora los Magos permanecen encarcelados en sus torres, rumiando qué podrían haber hecho. Lo que parece un cerco no es tal. Los nortehijos no pretenden entrar, ni falta que les hace, pues de su lado tienen un poder todavía mayor que el de los hechiceros. Su ejército ha transformado en prisión la fortaleza y jamás los dejarán salir.

—No sabía de la gravedad que alcanzaba —dijo el extraño.

—Y todavía no conocéis ni la cuarta parte —gruñó Pentaides—. Los Magos no se han dado por vencidos y preparan algo desde el interior, aunque mucho me temo que sea su perdición definitiva. Muchos hablan sin saber, pero yo digo que la alianza que han forjado es impía y que de ella no pueden obtener nada bueno. Se cuenta que otro mago, un hechicero poderoso de L'un, ha ofrecido su ayuda para acabar con el cerco... —murmuró, gesticulando con las manos—. Dicen que es el mismo que nos libró de las garras de Demosian hace ya treinta y cuatro años. Pero eso da igual... dejémonos de palabrería, debo haceros una pregunta y vos debéis responderla para cumplir los términos de nuestro trato.

—Es justo que así sea. —Su voz se hizo profunda, igual que cuando amenazó a Cebdar en su posada. No era desde luego la misma que hablara entre rimas y adivinanzas sin solución y eso impresionó al colono—. Pero recordad que el trato era sólo una pregunta y una respuesta. No las desaprovechéis.

—No lo haré. Ordmas y Tejnash, dejadnos solos —ordenó a los hombres de la escolta—. Es innecesario que estéis aquí. D'najel, id a buscar a vuestro padre, tal vez él sepa cómo solucionar la pérdida de vuestra montura, en estos días no estamos sobrados de ellas. Haced lo que os he dicho y encontrad también al protegido del caballero Ferras, posiblemente tenga que hablar con él de inmediato.

—Pero... —comenzó a protestar Ordmas, el más alto de los dos, de tez clara y pelo rubio peinado en una trenza.

—He dicho que nos dejéis solos. Él no es un peligro para mí, aunque sus palabras pueden hacer mucho daño si llegan a oídos que no debieran —dijo, lanzándoles una mirada de furia que destelló desde las sombras—. ¡Haced lo que os he ordenado! —gritó Pentaides, impaciente.

Los colonos se dirigieron a la puerta y ésta se abrió para dejarlos salir. Después, con un chirrido y un golpe, se cerró de nuevo, tapando el chorro de luz que por ella entraba.

—Extraño, sois un completo desconocido que ha conseguido que las andanzas de esos ejércitos hayan quedado ensombrecidas por un breve tiempo —gruñó Pentaides, acercándose a él de nuevo—. Vuestra presencia no nos era desconocida antes del presente día, así como vuestro caminar por las aldeas, levantando historias que deberían haber permanecido acalladas y lanzándolas a los ocho vientos sin preocuparos por las consecuencias que tendrían. —Sonríó, mostrando sus dientes mellados—. Nos habéis hecho en realidad un gran favor al contarlas a la gente, pues, si antes desconfiaban de los nuevos hijos de Demostadt, ahora les temen y desprecian aún más, o al menos lo harán durante algún tiempo.

—¿No deberíais estar haciéndome una pregunta? —El rostro del extranjero se contrajo en una mueca de concentración, mientras seguía con la vista al jefe de los colonos.

—Todo llegará a su tiempo, también vos debéis tener paciencia. Las historias que habéis extendido se propagan con rapidez, casi como si fueran palabras de clérigo de Anthariel, como vos mismo dijisteis. Lo que cuentan no deja de parecer un cuento para niños y, sin embargo... sin embargo lo creen a pies juntillas. Sólo quiero saber una cosa: ¿Es cierto lo que asegurasteis hace dos noches en aquella posada? ¿Es cierto lo que habéis dicho que sucedió con Demosian?

Las nubes del este estuvieron paradas en el cielo durante los dos días siguientes, amenazando con avanzar definitivamente desde el Gran Mar Central. Día y noche se mantuvieron, descargando toda

el agua que contenían, sobre Cabo Koth, las ciénagas de Naith-al, en la desembocadura de los Mil Ríos, y Kiam-Tho, hasta que desaparecieron del horizonte con un nuevo cambio de viento.

—*Problemas* —pensó, desde lo alto de la escarpada colina. Frente a él podía ver el blanco campamento, plagado de estandartes y soldados enfundados en relucientes armaduras. Tras el acantonamiento, rodeada de murallas y hechizos, se encontraba la Siempre Libre y, tras ella, como imperturbable paisaje de fondo, el nevado Jerd-emêth con sus oscuros bosques y sus pequeñas aldeas—. *Más problemas de los que cualquiera podría desear.*

A su alrededor, se alzaban varias rocas grises y cubiertas de musgo. Un árbol raquíto, con toda probabilidad un cerezo, crecía entre ellas, luchando por mantenerse erguido contra el implacable viento que azotaba la chata cima. Un mensajero a caballo pasó a gran velocidad por el camino de tierra suelta que corría a sus pies y luego, girando en un violento recodo, se perdió entre las tiendas de campaña y los agitados pabellones.

—No os mantengáis de pie tanto tiempo o los vigías podrían descubrirnos —dijo la voz de su guía, el que sustituiría al inexperto D'najel en aquella pequeña parte de su peregrinaje—. La noche aún tardará en llegar y con ella tendremos nuestra oportunidad. No podemos permitirnos que los demianos estén sobre aviso.

—Vos deberéis conducirnos, Cadarmon, así que vos mandáis —respondió el extraño, dando unos pasos hacia atrás y dejándose resbalar por la falda de la herbosa colina, hasta el reducto que los colonos habían montado más abajo—. Por lo que parece habéis hecho este viaje muchas veces antes.

—No demasiadas, pero sí más que la mayor parte de estos hombres —suspiró, mirando al extranjero al que le habían encargado guiar. Se quitó la capucha que le cubría la cara y dejó al descubierto el rostro de un hombre joven, de unos veinte años. Varias cicatrices pálidas lo cruzaban, no afeándole en demasía, y una mata de pelo pardo y sucio le caía sobre los ojos—. He pasado más tiempo del que puedo recordar entrando y saliendo de Ciudad de la Luna y, si las cosas continúan así, seguiré haciéndolo durante mucho más. Al menos hasta que me maten o sea capturado, lo que es posible que suceda en cualquier instante.

—No sois de aquí —dijo—. Sois de la otra ladera, de la ribera del Jiraimot. Vuestros gestos lo delatan.

—Lo soy. —Cadarmon asintió, receloso—. Pero lo que allí fui lo he dejado atrás hace mucho y ya sólo permanece en el recuerdo de algunos que se niegan a olvidar. La guerra, o como demonios queráis llamar a esto, cambia a los hombres. Del muchacho que

salió de Zurion con una promesa en los labios ya queda muy poco.

—¿Los cambia para mejor o para peor?

—No sé en cuál de los dos sentidos, pero los cambia. La Guerra de Gūlfstend, hace unos años, sólo fue el comienzo. —Sus ojos se volvieron hacia el oeste—. Lo sé, pero no puedo comprender qué es lo que vendrá ahora. Es una sensación rara, como si todavía faltara algo...

—Los muertos regresaron a sus tumbas y dejaron a los vivos en paz. Creo que es suficiente para todos —murmuró el extraño, no queriendo ahondar en los amargos recuerdos que ambos conservaban sobre aquella época de sus vidas. Unos recuerdos que para él no tenían más que unas pocas lunas.

—Os equivocáis. —El joven le miró directamente por vez primera, mientras volvía a ponerse la capucha sobre el rostro—. Muchos volvieron a sus tumbas, pero no todos. Todavía quedan cuevas y agujeros donde se ocultan, tanto en la llanura como en las montañas. De vez en cuando encontramos sus restos o atacan a alguna pequeña patrulla. Incluso los Hielos se las han visto con ellos en varias ocasiones. Son pocos y más débiles que antaño, pero siguen ocultándose y esperando.

—¿Llegasteis a enfrentaros con ellos? —preguntó, acercándose a él y descendiendo hasta los pies de la colina.

—No —murmuró—. Fue en la otra vida de la que os hablé cuando los vi. No, no combatí contra ellos, pero los conozco... hacéis demasiadas preguntas para ser alguien de quien se dice que ve los caminos del destino.

—No sé qué os habrán contado, pero no los veo —respondió—. Únicamente sé cosas. Muchas cosas que no debería saber por mi propio bien. Puedo deciros incluso la manera en que me llevaréis hasta la Alta Escuela, burlando la guardia y por el pasadizo que va desde la Colina del León hasta los sótanos de una pequeña posada situada en la Plaza de los Almendros. —Sonrió mientras Cadarmon se ponía pálido—. Sé cuál es la contraseña que utilizaréis, pues ya la habéis utilizado, y sé muchas cosas más, como que ir solo dificultaría en gran medida que atravesara la puerta. Sigo necesitando vuestra ayuda y la de los demás, eso es algo que no puedo negar.

—Ahora entiendo por qué Pentaides accedió a ayudaros. Sois capaz de hacer que vuestras palabras resuenen en los oídos de la gente como si de profecías se trataran —le acusó, desconfiado—. Tomáis un poco de lo que oís y hacéis que aparente ser místico. Pues está bien, hombre misterioso, no conseguiréis engañarme.

—Suspica y obcecado —se burló—. Eso es algo que cualquiera que conversara con vos unos minutos os diría. Os educaron para ser un sacerdote de la Orden de Kroefnir, pero no os resultó fácil y huisteis. Si vais a huir también de la verdad, hacedlo tras conducirme al otro lado de las murallas blancas, no antes.

—No creo vuestras patrañas —dijo Cadarmon, alejándose de él como si hubiera visto un espectro. Con un silbido que imitaba el cántico de un ave, llamó al resto de los colonos que, tras unas breves explicaciones, se dividieron en pequeños grupos y, a caballo, se desperdigaron por la llanura—. Descansad. Nos pondremos en movimiento en cuanto el sol se ponga y las nubes tapen la luna. La maldita está bien gorda y da la sensación de que trate de buscar nuestra ruina.

Tres docenas de soldados se alejaron del extenso círculo de tiendas y, a caballo, emprendieron el camino hacia el norte, iluminados por la pálida luz de la segunda luna llena y las estrellas, que parecían parpadear en el infinito. Varios minutos después, las trompas y los tambores anunciaron su regreso, escoltando a un grupo de carruajes y hombres cuyo número era incontable. De entre las lonas surgieron varios pelotones de demianos que, en formación, se situaron a la espera de que el ocupante de uno de los engalanados coches, quien fuera que fuese, descendiera.

En la confusión de albos pendones y sobrevestes, no pudo distinguir nada más, pero tenía la impresión de que algo importante acababa de tener lugar ante sus ojos.

Una negra nube invadió su mente durante un instante y le envolvió como las frías aguas de un río que le arrastraran con fuerza hacia el fondo. Una terrible desazón creció en él y boqueó como si en verdad se ahogase. Tuvo que agarrarse a una roca para no acabar cayendo al suelo. Una sensación de angustia se cernió sobre él, acompañada del sentimiento de muchas cosas perdidas y, sobre todas ellas, una pérdida todavía más dolorosa.

—Seis años —se dijo a sí mismo—. *Han pasado seis años y, ahora que mi respuesta está más que decidida, no sé si ella estará dispuesta a oírlo o simplemente si...*

El relincho de un caballo interrumpió los negros pensamientos, mientras los últimos soldados de la Dama de los Hielos hacían acto de presencia en el campamento y se unían a las filas que, en formación, montaba guardia en los alrededores del carruaje.

—Esa es la Colina del León, como vos mismo predijisteis —dijo Cadarmon desde las sombras, cobijado tras un grupo de rocas.

Su voz, como un susurro, desapareció en el frío viento de la noche. Sólo cuando volvió a moverse para acercarse a él pudo ver donde se hallaba, de tan sutil y silencioso como era.

—Se encuentra demasiado cerca de los demianos —protestó el extraño sin volverse, embutido en una capa parda semejante a la que volvía casi invisible al antiguo novicio. Aún no había recuperado el aliento y se sentía muy cansado, como si todo el peso de Drashur hubiera caído de repente sobre sus hombros—. Las hogueras iluminan muchos pies a su alrededor como para que no seamos vistos en el camino.

—Dejad de quejaros y tomad la bolsa —murmuró su guía, sin llegar a suponer por lo que estaba pasando en aquel instante—. El cerco será atravesado, pero no sólo para conducirnos al otro lado. También debemos transportar algunas mercancías que son necesarias para los Altos Magos. Así no habremos perdido la semana en balde, “adivino de futuros”. Adelantar nuestro paso no ha sido labor sencilla.

—Vayamos entonces sin más demora. Sólo espero que no estemos dejando atrás alguna cosa que deberíamos conocer —gruñó, sacudiendo levemente la cabeza para despejarla de confusiones y temores. Una vez libre de éstos, y ya con voz segura y firme, dijo—: Me gustaría saber quién acaba de llegar y por qué se le recibe con tamaños honores.

—Sería un general de los Hielos, supongo —dijo Cadarmon, deslizándose por la oscuridad como la sombra de un gato—. Seguidme y callad.

El extraño hizo lo que le decían y, con paso vivaz aunque cauteloso, anduvieron los pocos cientos de pies que los separaban del albo campamento, donde las luces de las antorchas y hogueras parecían elevarse por millares, apagando con su brillo el de las pocas estrellas nocturnas que se atrevían a lucir. Allí, al borde del círculo de luz que cercaba la Siempre Libre, giraron a su derecha, amparados por las sombras de la vera del camino.

Un ruido, como de entrechocar de metales, los alertó.

—¡Shhh! —susurró el joven, haciéndole un gesto apenas vislumbrado en la oscuridad y deteniéndose junto a unas cuarteadas rocas, fundiéndose con ellas.

Una pareja de soldados de la Dama de los Hielos surgió de poco más allá, con sus yelmos empenachados y sus blancos sobrevestes refulgieron en la noche. Marchando a la par, recorrieron el estrecho sendero que los separaba del campamento y se sumergieron entre las tiendas de acampada, pabellones y estandartes, con la luz de la luna llena todavía reflejándose en sus armaduras.

—*Demasiado cerca* —se dijo el extraño, con el corazón latiendo como el galope de un caballo en su pecho. La voz, aquella que se suponía debía advertirle y guiarle, había callado de nuevo, dejándole en manos de la fortuna y de sus propias habilidades. Aquello, más que conocerlo todo, era no saber nada. Al menos a tiempo...

—Dejad de hacer ruido y seguidme —musitó Cadarmon, envainando su espada con un chasquido y una pálida luz temblorosa en su hoja—. Aún queda un buen trecho y las nubes que nos ocultan no tardarán en apartarse de la faz de Haidier.

Salieron de su refugio tras las peñas y retomaron el camino para dirigirse a la cada vez más cercana Colina del León. El aire de la noche, todavía frío, aunque cargado de los primeros calores de un verano lejano, les acarició el rostro, arrastrando los agrios olores del campamento militar. Acompañándolos, llegó un grito de dolor.

—¿Qué es eso? —preguntó el extraño, dando un respingo y volviéndose, como si pretendiera ir hacia él.

—¿Y vos os llamáis adivino? —se burló Cadarmon—. Han capturado a un espía o, sencillamente, a alguien que trataba de huir del sitio amparándose en la noche como nosotros. Le torturarán hasta que muera, sepa lo que sepa y diga lo que diga. Ese pobre desgraciado ya no tiene futuro.

—¿No haréis nada?

—No, ni vos tampoco —respondió—. Nada podemos conseguir contra un ejército.

—Pero... —dudó durante unos instantes— podría ser uno de vuestros amigos.

—No lo creo. Ninguno de ellos es tan estúpido como para dejarse capturar con vida por los hombres de la Dama —gruñó Cadarmon—. Ahora, dejad de importunarme y seguidme. La noche envejece y no querréis tener idéntico destino que ese, entre hierros al rojo y botas claveteadas.

Los chillidos murieron en el viento para no oírse más. No hubo risas entre los torturadores. Sólo silencio.

Cadarmon le condujo hasta la cima de la colina y, una vez allí, en aquella pequeña montaña de cascotes y matojos, buscó un agreste hueco, camuflado entre los desperdicios. Acuciado para no ofrecer ni la sombra, y casi pegado a la ladera, le indicó que pasara.

—Gracias por traerme hasta aquí.

—Dejaos de agradecimientos y entrad, todavía estamos en peligro...

—¡Alto! ¿¡Quién va!?! —gritó una voz en las cercanías de la colina. La luz de una lámpara surgió a sus pies, dañándoles los ojos

y levantando largas sombras ondulantes. Más voces se unieron a la primera.

—¡Shhh! —susurró el joven, empujándole al interior del pasadizo—. Id sin mí —añadió, entregándole la bolsa que transportaba—. Cuando lleguéis, preguntad por Ferras. Trataré de alejarlos. Esta entrada es demasiado importante.

—Pero... os atraparán —dijo, sin poder evitar que la compuerta se cerrara, golpeándole el rostro.

Pudo oír pasos apresurados y multitud de guijarros cayendo por la cuesta, después gritos y pelea. Luego nada.

Sólo silencio.

Cerró los ojos un instante y, tragando saliva, saltó hacia el vacío. Nada más abandonar sus pies la estrecha repisa de piedra, sintió, como había temido, que caía pesadamente hacia el fondo del abismo.

De repente, la sensación de caída se tornó en una extraña ingravidez y perdió la orientación por un instante. El aullido del aire al golpear las paredes de roca había desaparecido, dejando tras de sí un profundo silencio que sólo se veía quebrado por voces que surgían a su alrededor. Las palabras carecían de sentido, como si escuchara los restos de conversaciones acontecidas mucho tiempo atrás. La mayor parte de lo que pudo oír provenía de intrincadas lenguas extranjeras de las que jamás había tenido conocimiento, pero otras muchas eran de Drashur y L'un y pudo reconocerlas sin mayores problemas.

Los reflejos de sombras pasadas y futuras se proyectaron allí dónde sólo podía adivinarlas, despuntando por el rabillo del ojo pero siempre fuera de su alcance. Pudo discernir largas capas oscuras iluminadas por fantasmagóricas luces rojas y azuladas que destellaban entre chirridos metálicos de pesados mecanismos. Las formas humanas dieron paso a enormes vehículos cubiertos de metal que escupían llamas, pero, antes de poder ver ningún detalle, desaparecieron para dar paso a bestias todavía mayores que rugían y corrían a grandes brincos, agitando sus poderosas colas.

Algo enorme y pesado pasó a su lado, a una velocidad increíble, y el viento que levantó tras de sí le golpeó el rostro con un olor acre, que desapareció tan pronto como la gravedad volvió a su lugar y sus pies se posaron sobre la blanda nieve del otro lado de la grieta... la nieve de un tiempo muy diferente al que había abandonado lo que él pensaba que habían sido unos segundos antes.

Acababa de dar el salto más largo de su vida.

Un salto de seis años.

También pasó mucho tiempo arrastrándose bajo la tierra, con las rocas arañándole brazos y piernas y el rostro dolorido por el golpe, pero, aunque en realidad fue mucho menos, a él le pareció bastante más en aquel infierno de oscuridad y frío. Ahora sabía lo que había sucedido... y no por ello terminaba de creérselo. Aquel conocimiento sin percepción ni base, el no poder demostrar a ciencia cierta nada... era suficiente para volver loco a cualquiera. El espacio y el tiempo estaban rotos en la Grieta del Renacer. Los mitos nacidos de ella no lo habían hecho... sólo habían entrado desde algún otro lugar.

Trató de apartar el nombre que insistía en acudir a su mente mientras luchaba por avanzar algunas pulgadas más. Había quedado abandonado en los Pilares desde el momento que supo cuál era su misión. Su nombre, y con él su vida, aunque muchas veces tendría que recurrir a ellos, no podrían entrometerse hasta que todo hubiera acabado. Entonces, y solamente entonces, recogería las migajas de lo que había sido y trataría de reconstruirlo... si podía.

Por fin, el pasadizo se ensanchó lo suficiente como para permitirle tomar su arco y, con esfuerzo, dispararlo. La luz dorada iluminó el corredor, excavado en la roca, mostrando cómo, unos pasos más allá, aumentaba más aún en anchura y, lo que resultaba todavía más esperanzador, en altura.

El extraño —quien había sido quedaba otra vez de lado— sonrió al ponerse en pie y estirar sus entumecidas piernas y brazos. Tenía las rodillas doloridas y un sinfín de rozaduras y pequeñas heridas debían recorrerle el cuerpo, o al menos así lo sentía. Respiró profundamente aquel aire cargado que apenas se renovaba por los cientos de minúsculos agujeros que llegaban hasta la superficie. Se acercaba a su objetivo y lo más probable era que los que deberían ser sus propios aliados fueran los únicos que se interponían en aquel momento entre ambos.

—*Ya encontraré la solución más adelante. Si no se me ocurre nada, la voz me lo dirá. En todo caso no me queda más remedio que llegar o morir en el intento* —pensó—. Eso no me alivia —suspiró otra vez, provocando una pequeña avalancha. Guardó silencio, pero los leves desprendimientos de tierra y cantos continuaron durante un buen rato, levantando infinidad de ecos.

Lanzó una nueva flecha, pues la anterior ya se perdía a sus espaldas. Una serie de escalones ascendían por un hueco del muro, toscamente tallados, zigzagueando entre estalactitas y esta-

lagmitas de suave caliza. Una runa, o los restos de una de ellas, cuarteada y rota por el tiempo, marcaban la subida.

—Timat —susurró, y el suelo se movió bajo sus pies—. La Vida en la antigua lengua —dijo en voz todavía más baja, recordando el silencio que debía mantener en aquellos inestables subterráneos—. *Una curiosa situación, aún más para alguien de mi profesión* —se dijo—. *¿Cuántas veces obligado a callar de una u otra forma?*

Subió por ellas, en ocasiones erguido y en otras arrastrándose por estrechos pasos. Las curvas de aquella escalera se hicieron interminables durante el largo tiempo que duró la ascensión, plagadas de forma pétreas que parecían retorcerse y cobrar vida bajo la luz dorada de la magia. Ya comenzaba a pensar que algo más que las sombras le acechaba desde el abismo que quedaba a sus pies, cuando, de repente, el camino se acabó, cortado por una muralla de piedra sólida.

—*Otro enigma* —pensó con una sonrisa—. *Pero ha ido a elegir un mal blanco en esta ocasión.*

Apoyando la mano en el muro, susurró la runa que había vislumbrado en el primer escalón. Con un chasquido, una serie de líneas se formaron en toda su superficie y una puerta se abrió frente a él. Muchos chasquidos más, éstos de ballestas al tensarse sus mecanismos, lo acompañaron, resonando tras el quicio, junto a la ruda voz de un hombre

—¡Pasad despacio y explicad qué os trae hasta aquí!

—No te preocupes, amigo mío —respondió—. No tienes de qué... todavía.

—¿¡TÚ!?

Aliviado, indicó a sus hombres que se retiraran y le condujo, casi sin mediar palabra, hasta el comedor de la posada, un lugar de lo más tranquilo a aquellas horas de la noche. Su ayudante retiró los últimos platos sucios y, tras unos minutos, les llevó una tetera y algo de comida. Ambos se quedaron mirando las tazas, de loza oriental, mucho más fina que la que solía utilizarse en Drashur y marcada por un sinfín de grietas y heridas debidas a su continuo uso.

—Necesito tu ayuda una vez más —le dijo con gesto triste cuando el joven Korben se hubo marchado de nuevo—. Los demianos tienen a Cadarmon.

—¿Cómo ha sido eso posible? —preguntó con voz queda, sin creer aquello que estaba escuchando, pues lo cierto era que ni

siquiera podía creer que estuviera allí—. Él era muy cuidadoso en sus actos. Sabía a lo que se exponía de no serlo.

Pronunció aquellas palabras sin apenas fruncir el ceño. Estaba preocupado por el muchacho, eso era normal, pero la súbita aparición de su antiguo compañero había sido... demasiado. Había imaginado aquel momento durante años y, ahora que tenía lugar, no sabía qué decir. Estaba alegre y furioso a la vez y no demasiado seguro de lo que iba a suceder... tal vez lo más curioso era que, algún tiempo antes, le habría estrujado de un abrazo o incluso echado en cara todo lo sucedido, pero, entonces, se encontraba... vacío. Le lanzó una larga mirada, esperando una respuesta.

—Se sacrificó para que no encontraran la entrada —susurró—. Fue una muestra de valor.

No hacía falta ninguna explicación más. El tono de sus palabras, el mismo que había utilizado en Cexall para reclamar su ayuda, aunque amplificado un millar de veces, lo dejaba claro.

—Debemos rescatarle —murmuró el extraño sin levantar la vista—. Pero antes debes contarme qué es lo que ha sucedido en esta ciudad... qué es lo que ha hecho que las cosas sean como son y que Cadarmon entregara la vida como lo ha hecho... amigo.

—Sí —repitió con voz seca y, tomando aliento, comenzó a narrar una historia que se remontaba a unos años antes, antes incluso de que la Guerra se declarara en el Límite Occidental. Una Plaga se extendía por Drashur, llevando la muerte por igual a nobles y villanos. El fin del mundo parecía acercarse a pasos agigantados y el caos amenazaba con segar hasta la última vida. Un hombre con una misión que no era tal había partido de Dhao para, con más pena que gloria, llegar a Ciudad de la Luna... sólo para descubrir que había fracasado de la manera más espantosa mucho antes de dejar el pequeño señorío—, te diré lo que deseas saber... Qüestor Elendhal.

—Así lo espero, mi buen Falstaff, así lo espero.